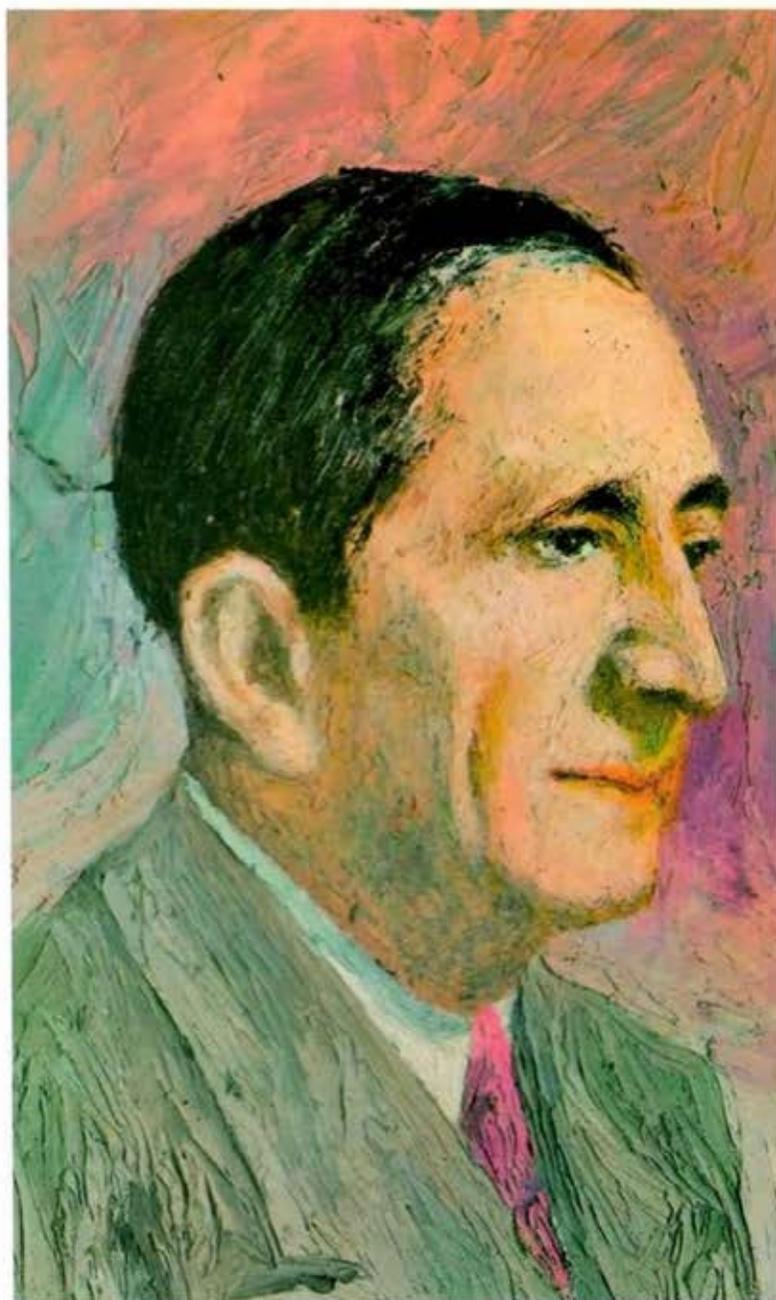


DAVID MORALES BELLO



*Semblanza de
Andrés Eloy Blanco*

DAVID MORALES BELLO

SEMBLANZA
DE ANDRES ELOY BLANCO

**PRÓLOGO DEL PROFESOR
PEDRO PABLO ALCANTARA**

**EDICIONES ACULPUEBLO
ISBN- 980-070-4042-2**

PRÓLOGO

He recibido del Dr. DAVID MORALES BELLO el honroso encargo de escribir el prólogo de su “SEMBLANZA DE ANDRES ELOY BLANCO”. Es una distinción que agradezco doblemente, por cuanto esta obra la dedica su noble autor a los EDUCADORES, y en tal condición vocacional milito. Asimismo, en lo estrictamente personal, acojo su amable solicitud, ya que entraña afecto y confianza en un representante de nuestra generación, a la cual acude con el desprendimiento propio de las personas dotadas de talento y generosidad. Este encargo trataré de cumplirlo a la altura de la donosura que lo originó.

David Morales Bello nos sorprende hasta el elogio con este ensayo sobre la vida de Andrés Eloy Blanco. Acostumbrados estamos a observarle como un paladín de las ciencias jurídicas o como un certero observador del proceso político nacional. En sus frecuentes intervenciones en los medios destaca la agudeza de sus percepciones sobre la cotidianidad política y su Innegable influencia en la positiva recuperación de Acción Democrática, en el ánimo nacional. Asimismo, en los escenarios académicos, políticos y comunitarios destaca su prosa erudita, cargada de mensajes pedagógicos de clara intencionalidad en la defensa del ideario democrático.

En cuanto a su densa y prolífica obra escrita en el terreno de lo ideológico; batallador insigne de la causa buena del Partido del Pueblo, así como en la exaltación de los valores de la Patria y de la unidad venezolana en torno a la familia y el culto a la madre, este pedagogo que es David, este recio venezolano nativo de Ciudad Bolívar, cultivador positivo de la grandeza de Guayana en su inserción a lo nacional, es sin duda una grata sorpresa, una más a los ojos de sus amigos. Escribe en prosa cual si fuera poeta.

He escrito con claridad. Afirmo que es un poeta. Tal vez se crea que exagero. Pero, no. He leído estas páginas de David sobre Andrés Eloy, y en sintonía con mi sensibilidad me permito señalar la condición de escritor de prosa poética en David, condición por cierto reservada sólo a quienes poseen el desbordamiento lírico propio de los poetas. Veamos:

El primer atisbo de esta percepción lo encontramos en el abordaje de la vida de Andrés Eloy Blanco, como hombre “que vivió y murió enamorado del mar”. Nos llamó la atención este hecho, por cuanto, admiradores como somos del gran poeta cumanes, hemos leído innumerables análisis de su vida y obra, donde sus críticos destacan diversas peculiaridades en su vida pública y en la intimidad, en las que se exaltan su etapa de lirismo puro; su descubrimiento en lo social terrenal; su consecuente entrega a la causa de los desposeídos, su fase amorosa, lo humorístico y satírico de su poesía y prosa, en particular en sus grandes discursos en la Constituyente, sin encontrar rasgos que lo identificaran con Oceana, nombre que debería llevar este planeta cubierto de agua en más de sus tres cuartas partes.

David nos introduce en el conocimiento del hombre poliédrico que fue Andrés Eloy, haciéndonos recitar “Coquivacoa” y su “Salutación al Lago”. De allí nos traslada a “El Río de las Siete Estrellas”, donde canta:

“al Orinoco de las Fuentes,
al Orinoco de las Selvas,
al de la erizada cabellera
que en la Fuente se alisa sus cabellos
y en Maipures se despeina...”

“Andrés Eloy cultivó tres amores en forma permanente: su madre, el mar y el pueblo”, escribe en tono afirmativo Morales Bello. Su obsesiva evocación del mar se inicia, citando “El Canto a España”, en el cuarteto que dice:

“Trajo hasta mí la brisa su cascabel de plata,
me acribilló los nervios la descarga solar,
mis pulmones cobraron un aliento pirata
y corrió por mis venas toda el agua del; mar”

y en “Giraluna y el Mar”:

“siempre es el mar donde mejor se quiere,
fue siempre el mar donde mejor te quise;
al amor, como al mar, no hay quien lo alise
ni al mar, como al amor, quien lo modere.

No hay quien como la mar familiarice
ni quien como la ola persevere,
ni el que más diga en lo que vive y muere
nos dice más de lo que el mar nos dice”...;

y en “Mar Caribe”;

“Como para decirlo de rodillas:
¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras!
¡Qué bueno fue nacer en sus riberas!,
¡Qué bien sabrá morir en sus orillas!...”
“¡Qué bien está decir que el mar es tuyo,
que el mar es mío y que en el mar te arrullo
con arrullo del mar en nuestra infancia!
Si hasta llorar con él tiene su encanto;
la barca es suya, de su sal el llanto,
suyo el adiós y suya la distancia”.

Hay en la poesía de Andrés Eloy Blanco un hilo conductor, una especie de hebra que conduce al ovillo, en este caso, al mar, como fuente de vida, tal cual lo descubre con sagacidad poética David Morales Bello. Ciertamente es que como escribiera el poeta y pedagogo Luis Beltrán Prieto Figueroa: “El poeta es un ovillo de torzal de plata colocado muy cerca del corazón de la madre, para que creciera arrullado de latidos, cálido y dulce, alentado en el fuego de fogón de oro”; pero Andrés Eloy afirmó en su verso:

“Donde falte botón o Zurcidura,
lana de amor o algodón de olvido,
si a la malla del sueño un punto ido
si a la almilla del alma una rotura
Mi costurera de la azul costura
mi tejedora del azul tejido,
la del remiendo al véspero aterido,
la del rebozo a la mañana oscura.
Vendrá. Ya acude al estupor marino,
en su aguja el dolor de donde vino
y en su dedal la angustia adonde viene,

con pena de este mar hecho de penas
y resuelta a tejer en sus arenas
el encaje de mar que el mar no tiene.”

La madre y el mar, el ovillo y el torzal, la rueca que gira desde los orígenes oceánicos de la vida como omnipresencia en el poeta:

“Dormir allí, pescado en la atarraya
de su labor de estambre y mecedora,
mi sueño, entre las dunas de tu saya...”

Simbiosis amorosa y perpetua entre la madre y el mar, que es el camino hacia el origen primero.

Versador fino, dueño de potentes númenes inspiradoras que desbordaron los límites de su gracia poética, Andrés Eloy es empujado aún más en su atalaya por la prosa de Morales Bello. Refiriéndose al vínculo del poeta con el común, David escribe: “Los valores populares lo subyugan y sólo cambia el estilo para enriquecerlos con sus “palabreos”. En el de “La Recluta”, recoge el dolor de la campesina a quien la comisión del Gobierno le lleva el hombre, le quita el pan y le deja el corazón como “Capilla sin santo”, y en el de la “Loca Luz Caraballo” da forma poética a la leyenda de la mujer campesina que, abandonada por todos, se queda contando sus desdichas con la ayuda de los luceros...

“De Chachopo a Apartadero
caminas, Luz Caraballo,
con violeticas de mayo,
con carneritos de enero;
inviernos de ventisquero,
farallón de los veranos,
con fríos cordilleranos,
con riscos y ajetreos,
se te van poniendo feos
los deditos de tus manos”,

y allí está para siempre, a mitad del camino, la materialización de la leyenda, para dar fe de la fuerza creativa de un poeta para quien los valores del pueblo hicieron de inagotable fuente de inspiración”.

Para feliz culminación de este logrado ensayo, David Morales Bello aborda la conceptualidad humanística y jurídica del pensamiento vivencial de Andrés Eloy Blanco. En la evocación del paso del poeta por la Asamblea Constituyente, apela antecedentemente a la primera tarea legislativa de Andrés Eloy como Diputado elegido por el Concejo Municipal de Caracas y nos recuerda las épicas batallas cívicas libradas por él, en defensa del sufragio femenino. Más adelante nos introduce en la reflexión certera del ama nacional que en fastos o en conmemoraciones explícito el grande Andrés Eloy. Y en el ditirambo se desliza, junto a la palabra admirativa, el respetuoso concepto que para un hombre cabal como David Morales Bello, merece la obra de entrega a “lo positivo nacional”, como lo escribiera de Andrés Eloy, el maestro Rómulo Gallegos.

Entre Biógrafo y Biografiado se produce finalmente un encuentro singular: Abogados ambos y exégetas de la palabra; estilistas idiomáticos, puristas de la lengua; políticos de raingambre; orientales los dos, el uno de las aguas de la mar y el otro de las aguas del padre Orinoco; poeta por vocación, entrega y oficio, el antiguo; prosista de la lucha ruda y de la pedagogía ciceroneana el otro, con confluencias de una misma y sola estirpe, como gusta decir el maestro, el querido David de nuestros tiempos, a quien al prologarle unas de sus más sentidas creaciones, nos hemos atrevido a llamarle: Poeta de la prosa.

PEDRO PABLO ALCANTARA

En el año centenario de Andrés Eloy Blanco

A LOS EDUCADORES

Nacido en las riberas del mar Caribe, en la oriental ciudad de Cumaná, Andrés Eloy Blanco fue uno de los más brillantes intelectuales de la Venezuela de la primera mitad y más del siglo por concluir.

Su talento y su sensibilidad lo inclinaron desde niño al cultivo de la poesía y aún muy joven, en 1916, fue laureado en Guayana, en un certamen poético, por su “Canto a la Espiga y al Arado”.

Publica su primer libro de versos, “Tierras que me Oyeron”, y en 1923, a los 27 años de edad, obtiene el máximo galardón en los Juegos Florales de Santander, con su “Canto a España”, considerado por el poeta Fernando Paz Castillo como “el primer poema de un escritor joven que obtiene, entre nosotros, un triunfo de carácter internacional”.

Para entonces, ya llevaba tres años como profesional de la abogacía, egresado de la Universidad Central, y, en razón de su amor por la libertad, había sufrido dos encarcelamientos, por haber protestado contra el cierre de la Universidad y por manifestar a favor de Bélgica, sometida para entonces, a la altura de 1918, al militarismo alemán. En ambos casos se le privó de la libertad por órdenes del gobierno de Juan Vicente Gómez.

En abril de 1925 Andrés Eloy Blanco visitó el Zulia. Todavía tenía consigo, muy frescos, los ecos de los triunfos alcanzados con su “Canto a España” y con las demostraciones de su alta calidad poética dadas en Madrid, entre los intelectuales con quienes se codeó. Fue un viaje por mar, en el cual lo impresionó sobremanera la gloria taciturna del Lago, como se percibe en su poema “Coquivacoa”, que contiene esta:

SALUTACIÓN AL LAGO

“Salimos por la tarde y entramos por la aurora
en estas aguas buenas para desembarcar.
Primero fue una raya desvanecida a prora;
después fue un salto brusco donde termina el mar.

Y fue el zaguán del Saco, roto de marejadas,
y el mar que, en un esfuerzo, no se quiere abolir,
y luego fue el desmayo de las aguas cansadas
que después de la lucha se echaron a dormir.

Y vinieron en coro las Islas de la Casta
y vimos en la punta de una Isla, al pasar,
el muro de un castillo, como un hierro en su asta
y el humo de una choza, como un lirio en su altar.

Y después fue la gloria del agua taciturna
del Lago, que es el resto de una contemplación;
por aquí pasa el barco, serio, como una urna
y el silencio piloto va rigiendo el timón.

Nos hicimos discretos ante el agua, discretos
ante el agua, maestra de la tranquilidad,
el agua, que es anciana de todos los secretos
cuando no abre los labios para la tempestad.

Nuestras almas sintieron el divino contagio;
callarnos; en el Lago la mirada clavé
y aquel mirar tenía la gracia de un naufragio
donde se ahoga el alma sin que se moje el pie.

Después, ya no muy lejos, entre el Lago y el Cielo,
venía hacia nosotros la playa de arribar
y en el azul clavadas, como tejiendo un velo,
vimos surgir las verdes arañas del palmar...

Y al fin el Puerto... ¡El Puerto! Su febril alboroto.
En el Lago cien mástiles, mil mástiles quizá...
y ese dolor de puerto, que es un espejo roto
donde se ve mil veces el hombre que se va.

Llegamos. No pudimos hablar: un dulce estrago
nos hizo el dulce Lago, que no nos deja hablar...

y acaso este silencio que nos provoca el Lago
vale más que la charla que nos provoca el mar...

Mañana, sí, mañana, Lago de los Poetas,
te diré lo que ahora no te puedo decir,
porque duerme en el fondo de sus aguas discretas
la Suprema Palabra que dirá el porvenir.

Yo vendré en una noche que me guarda el Futuro;
rebotante de estrellas te volveré a encontrar
y hablaremos entonces, yo, en mi verso más puro, tú, en tus ondas más bellas
que las olas del mar...”

Andrés Eloy, que vivió y murió enamorado del mar, tiene que haberse
impresionado maravillosamente con la grandeza del Lago, para encontrar sus
ondas más bellas que las olas del mar.

También para ese entonces visita Ciudad Bolívar y contrae con el río Orinoco
el compromiso sentimental de volver a trajinar sus caminos.

Esa promesa se cumple en Noviembre de 1927, cuando, sobre las aguas,
escribe “El Río de las Siete Estrellas”, constitutivo de su “Canto al Orinoco”,
recitado por él mismo, en el que fuera “Teatro Bolívar”, en medio de una
velada artístico-literaria que marcó época.

Ese Canto; desde entonces incorporado al patrimonio poético de la arteria
fluvial que da vida a la hermosa ciudad que se honra con el nombre de
Bolívar, forma parte de “Poda”, el libro publicado en 1934, en cuyas páginas
aparece hermanado al “Canto a España”, en demostración de la universalidad
de un poeta enamorado de la naturaleza, en la que se inspira sin limitaciones
continentales ni telúricas, justificando así el acierto de quien lo llamara
“exégeta exquisito de la belleza”.

En su “Canto al Orinoco”, el poeta teje un hermoso hilván entre lo que percibe
por la vía de sus sentidos en contacto con la exuberante belleza natural
guayanesa y lo que crea echando a volar la prodigiosa imaginación que en él
dio tantos y tan felices frutos. Toma de la mano a la Parima y la junta en collar
a los afluentes, a los que da figura de caballos simbolizadores de la lucha por

la libertad, e imagina, a la par, la Parábola del Volcán y las Siete Estrellas, en la versión de un encuentro amoroso con una Pumé, hija de un Cacique Yaruro, para poner a volar en un mismo cuerpo de versos la realidad y la fantasía.

El Caura, el Guaviare, el Vichada, el Meta, el Caroní, el Arauca y el Apure, eslabonando sus aguas, cual mágicos artífices, para añadirle robustez al Río Padre, al Orinoco de las Siete Estrellas; y el Indio, el Conquistador, la piedad del Evangelio, la libertad, la guerra, el Discurso de Angostura, el Sueño de Casacoima, Carabobo, en síntesis imaginada como fuente de la patria presente en las aguas del Orinoco.

Es tanta la fuerza poética de este Canto que, al leerlo, se pierde la noción de la realidad y el lector no sabe a ciencia cierta cuál es el linde entre lo percibido y lo imaginado por el autor, dificultándosele tomar partido entre la belleza descrita y la parte puramente imaginada de la composición.

Prendado de Angostura, Andrés Eloy le canta a la ciudad con la lira de su admiración bolivariana, destacando lo que Guayana significó para el aseguramiento definitivo de la República.

Antes, cuando cantó a las aguas del Lago de Maracaibo, vibró ante la grandeza de aquella obra de la naturaleza y produjo una bella pieza descriptiva que descuella entre sus poemas costumbristas. Su “Salutación al Lago” es un lienzo que recoge con gran profundidad las características del lugar, en su tiempo y en sus gentes; pero cuando le canta a las aguas del Orinoco va más allá del lienzo, sumando a lo que percibe sensorialmente su capacidad creativa, la inmensa fuerza de su espíritu, para evadirse de lo real y gozar de las maravillas nacidas de su propio ingenio. Su “Río de las Siete Estrellas” contiene la narración de un suceso fingido que se articula a la descripción de su viaje a todo lo largo del Orinoco y a la invocación de sucesos históricos gestados en el curso de la Emancipación, imprimiéndole a la obra diversas tonalidades de recia creación espiritual. Hay allí historia y geografía noveladas y hay también historia y geografía poetizadas:

...“La Parima era un volcán,
pero al mismo tiempo un refugio de estrellas.
Por las mañanas, los luceros del cielo
se metían por su cráter,
y dormían todo el día en el centro de la Tierra.
Por las tardes, al llegar la noche,
el volcán vomitaba su brasero de estrellas
y quedaban prendidos en el cielo los astros
para llover de nuevo cuando el alba viniera.

Y un día llegó el primer llanto del Indio:
en la mañana del descubrimiento,
saltando de la proa de la carabela,
y del cielo de la raza en derrota
cayó al volcán la primera estrella;
otro día llegó la piedad en el Evangelio
y del costado de Jesucristo, evaporada la tristeza,
cristalina de martirio e impetuosa de Conquista,
cayó la segunda estrella.

Después, recién nacida la Libertad,
en su primera hora de caminar por América,
desde los ojos de la República
cayó al volcán la lágrima de la tercera estrella.

Más tarde, en el Ocaso del primer balbuceo,
en el día rojo de La Puerta,
nevado del hielo mismo de la Muerte
cayó el diamante de la cuarta estrella;

Y en la mañana de la Ley,
cuando la antorcha de Angostura chisporrotó sobre la
guerra,
despabilada de las luces mortales,
sobre el volcán cayó la quinta estrella.

Y en la noche del Delirio,
desprendida de Casacoima, Profetisa de la Tiniebla,
salida de la voluntad inmanente de Vivir,
estrella de los Magos, cayó la sexta estrella.

Y un día, en el día de los días, en Carabobo,
bajo el Sol de los soles, voló de la propia cabeza
del Hombre de cabeza estrellada como los cielos
y en el volcán de la Parima cayó la última estrella.

Pero ese mismo día
sobre la boca del volcán puso su mano la Tiniebla
y el cráter enmudeció para siempre
y las estrellas se quedaron en las entrañas de la Tierra.

Y allí fue una pugna de luz,
una lucha de mundos, un universo en guerra,
y en los costados de su tumba,
horadaban poco a poco su cauce las siete estrellas;
que si no iban hacia el cielo
se desbastaban con sus picos la trayectoria de las piedras.

Hasta que llegó una noche
en que rotos los músculos del gran pecho de tierra,
saltó de sus abismos, cayó en una cascada,
se abrió paso en la erizada floresta,
siguió el surco de las bajantes vírgenes,
torció hacia el Norte, solemnizado de selvas,
bramó en la convulsión de los saltos,
y se explayó por fin, de aguas serenas,
con la nariz tentada de una sed de llanuras,
hacia el Oriente de los sueños
el Orinoco de las Siete Estrellas”.

El poeta del Zulia era el mismo poeta de Guayana, pero mientras, en un caso, el sujeto se individualiza en el Lago, en el otro, la multiplicidad de motivaciones provenientes de la policromía del paisaje guayanés pone a vibrar

el diapasón del bardo con mayor intensidad y la obra se enriquece con la luminosidad de la Parábola subyugante.

Tiempo después, cuando Andrés Eloy escribió en las bóvedas del Presidio de Puerto Cabello los poemas que integran su libro “Baedeker 2000”, en un plan de evasión espiritual para crear la realidad deseable o superrealidad, como él lo escribiera en el prólogo, volvió a cantarle al Orinoco, mediante uno de los poemas de vanguardia integrantes del libro; pero allí vibraba ante el recuerdo, sin sentir sobre sí el influjo directo de la rica naturaleza orinoquense. Sus estrofas destilan melancolía y no ocultan la soledad de la prisión en la que estaba secuestrado.

En “Orinoco” el poeta está triste, ensimismado, mientras que en el Canto juega con las figuras nacidas de la felicidad que lo envolvía.

En la Prisión de Puerto Cabello las horas se le hacían interminables a los prisioneros y todo era allí deshumanización; por eso Andrés Eloy habla de su viejo poema - de su Canto - como escrito por él 70 años atrás, cuando realizara visita triunfal:

“al Orinoco de las Fuentes, al Orinoco de las Selvas,
al Orinoco de los saltos,
al de la erizada caballera
que en la Fuente se alisa sus cabellos
y en Maipures se despeina”;

Y dice así:

“Aquí estoy, mi río sereno,
como lago que anda,
mi viejo río de las siete estrellas,
aquí estoy.

Mi poema de hace 70 años,
mi viejo poema,
frondoso como tus selvas,
desbordado como tú,
fue talado en la prueba,

filtrado,
dragado,
y regresa a ti
en la pureza de una palabra
que cabe en una mano con holgura de sorbo
y que te cae con el sentido caudaloso
de una gota tributaria
voz de la lengua que trabaja, canta,
el salado sudor de los trabajadores,
¡Ya desde los raudales, te hace marina el agua!

El poeta acusa nostalgia por lo que fueron aquellos días de felicidad, cuando, libre como el viento, cantara con grandilocuencia al:

“Río de las Siete Estrellas,
camino del Libertador,
sangre del Corazón de América,
¡aorta que no sale del corazón!

Río delgado de las fuentes,
río colérico de los saltos,
río de las siete estrellas,
que en la Fuente no llenas el hueco de las manos
y luego eres el sueño de un mar sin continencia!”

Literariamente, Andrés Eloy formó parte de la generación del 18, pero fue con los jóvenes estudiantes de la generación del 28 que realizó actividades políticas sobresalientes, creando el símbolo de la boina azul y redactando el primer periódico clandestino del país - “El Imparcial” - que escribe a máquina y distribuye profusamente.

Junto con los jóvenes con quienes actúa en la resistencia y se solidariza, es encerrado en la lúgubre prisión caraqueña de “La Rotunda”, donde es sometido a torturas físicas, y de allí pasa a la Cárcel de Puerto Cabello y al Castillo de la misma ciudad (“al cual una ironía salvaje ha bautizado con el nombre de Castillo Libertador”, dejó dicho Andrés Eloy), padeciendo los más

agudos sufrimientos como castigo por definirse y proceder como enemigo del gobierno de fuerza y terror impuesto por Gómez en el país.

Su nombradía política comenzó a tomar impulso en ese entonces cuando, preso en “La Rotunda” de Caracas, escribió el poema intitulado “El Águila y el Bagre” (A Gómez lo llamaban “el bagre”), que alcanzó gran popularidad por constituir el retrato versificado de aquel montañés monosilábico que, durante 27 años, ejerció brutalmente el poder en Venezuela.

Helo aquí:

“Dijo el Águila al Bagre: - Compañero,
yo vengo del azul y en mi sendero
he entrevisto la luz del más allá.

Yo he visto a Dios colgado de un lucero!
Y dijo el Bagre: - Ajá.

Dijo el Águila al Bagre: - Camarada:
yo he visto al mar de espuma desflecada,
el hondo mar de donde vienes tú.
Yo he visto a Dios en la ola erizada!
Y dijo el Bagre: - Ujú.

Dijo el Águila al Bagre: - Valecito,
yo he cruzado el Atlántico infinito
y el Dios del viento ha resonado en mí.
Yo he visto a Dios y aquí traigo su grito!
Y dijo el Bagre: - Ijí.

Y el Águila voló. Cuando volaba,
desde su altura oyó que el Bagre hablaba
y detuvo su vuelo triunfador.
Y sólo oyó que el Bagre murmuraba:
- Eso es valor!
Bagre, eso eres tú,
Allí,
aquí,

Allá,
Uju,
Ijí.
Ajá,

Inmoraleja:

Aunque sepas que el Bagre se desmaya,
no se lo digas al Doctor Arcaya.
No digas que está enfermo o que está viejo
y fuma Tocatorón. No seas pendejo”.

De allí, de “La Rotunda” y de las bóvedas del Castillo de Puerto Cabello, vienen los poemas que integran sus libros “Baedeker 2.000”, “Barco de Piedra” y “La Juanbimbada”, en cuyas páginas canta al Juan Bimba de su creación, como símbolo del pueblo nacido y bautizado en una noche, al acostarse sobre la tierra del calabozo.

Juan Bimba
es el hombre del pueblo de Venezuela.
Se llama Pedro Ruiz,
Juan Álvarez,
Natividad Rojas,
pero se llama Juan Bimba...

Tenía veinte caballos;
la Revolución le llevó diez;
para perseguirla,
el Gobierno se llevó los otros diez;
y cuando no tuvo nada
se lo llevaron a él.

También en las mazmorras del Castillo “Libertador”, donde compartía miserias con los estudiantes de la dignidad nacional y con otros presos políticos llevados de los cuatro puntos cardinales del país, Andrés Eloy fundó, junto con Alberto Ravell, Jóvito Villalba y otros secuestrados, la primera universidad popular de Venezuela, destinada a alfabetizar e instruir a aquellas otras víctimas de la deshumanización que reinaba en las cárceles y cuyo

denominador común era haber tratado de hacer “algo” contra la dictadura. Se la bautizó “Cipriano Martínez”, en honra de un llanero que también sufrió crueldades en el Castillo y murió, víctima de las torturas, cuando comenzaba el aprendizaje de las primeras letras.

El testimonio de Andrés Eloy dice así: “...Con nosotros están, compartiendo el cautiverio, nuestros compañeros del campo y de la fábrica: soldados de las guerrillas de Gabaldón, Borjes, Delgado y Arévalo, obreros de Caracas, pescadores del Golfo, serranos de los Humocaros, sabaneros del Alto Llano, cayeron confundidos con estudiantes, abogados, médicos, ingenieros y escritores; comen de lo que algunos de nosotros reciben de sus hogares y reparten con todos su copla y su fiebre, palma y matapalo de su flora espiritual. Aquí llegaron sin esperanza, sin instrucción, sin sangre... Aquí no hay impaciencias por la liberación; aquí se es libre porque se está en la Escuela, y si la revolución armada qué ha de venir no ha de ser sino una prolongación de nuestras clásicas danzas de espadas, preferimos seguir aquí, en la perfecta libertad de la esperanza”.

Para entonces, Andrés Eloy llevaba dos años de encierro carcelario y el contacto directo con las gentes que le hicieron compañía antes y después de los sucesos estudiantiles de 1928 - en la calle y en la prisión - fomentó en él al intérprete del agravio colectivo, que tomó para sí los sinsabores del pueblo.

El poeta venía de escuchar elogios y de vivirlos, como ser humano que era. La pluma de una intelectual de la talla de Juana de Ibarbourou se había referido a él así: “Andrés Eloy obtuvo con su Canto a España, premiado hace pocos años, su primer triunfo de resonancia continental. En este poema... él consiguió dar una nota novísima, de grandeza y elegancia insuperables. Andrés Eloy Blanco es un poeta de grande originalidad y que aún llevará mucho más alto la fama de la Venezuela intelectual”.

La vida parecía sonreírle, pero él escuchó el llamado de la responsabilidad ciudadana y, desafiando la fuerza hecha poder, se incorporó a la legión de compatriotas que inorgánicamente luchaban a favor de la libertad.

El mismo nos cuenta de su incorporación a ese estado de conciencia que se le volverá una segunda naturaleza: ... “en mi Canto a España era un ausente, eso,

un ausente de las realidades de mi tierra. Estaba en mi Olimpo de poeta... Y allí vine a dar para encontrarme conmigo mismo, para encontrar mi propio camino, el que yo no había olvidado, porque no había aprendido nunca, porque yo venía de los libros, yo venía de la gesta y el romancero... Yo soy, pues, y me enorgullezco de decirlo, un discípulo del pueblo. Si aprendí en la Universidad, si me gradué en ella, también es cierto que salí de ella con un rumbo en la vida; y que fue mucho después cuando el pueblo mismo, el dolor de ese pueblo, la angustia de ese pueblo, como el mejor de los maestros, hizo de mí, hasta como poeta, un hombre distinto del que era, y no me quejo.”

Refiere el propio Andrés Eloy que, encontrándose preso en “La Rotunda”, fue sometido a tortura de hambre durante la semana comprendida del 6 al 13 de mayo de 1929: “incomunicado con reja y “cortina doble”, con un par de grillos de 80 libras en los pies y por toda cama el suelo”, cuando vio que alguien le pasaba por debajo de la reja el libro la “Imitación de Cristo”; de Tomás Kempis.

Después de leerlo, en medio de las dificultades que lo embargaban, el poeta escribió, en las mismas páginas del libro, el poema “La Muerte y el Caballero”, como fiel “testimonio de la tranquilidad del espíritu, en una de las horas más tenebrosas” que hubo de vivir.

“Oye, hermano, la linda historia
de la Muerte y el Caballero
que le ocurrió al Niño Jesús
cuando era niño carpintero.

Y al oíría piensa en la gloria
de un gran dolor y un gran denuedo
y en cómo el sufrir es el vino
que embriaga a las almas sin miedo”...

Fue el reflejo de la firme resolución que acompañaba a quien ya no era un poeta solitario, porque había asumido la causa de la libertad del pueblo de Venezuela.

No reaccionó como lo hiciera el romántico Amado Nervo:
“¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,

pálido asceta que mal me hiciste!
¡Ha mucho tiempo que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!”

sino como el intérprete de un sentimiento de responsabilidad que tiene en el dolor y el sufrimiento el mejor acicate para templar el alma.

Con razón que Andrés Eloy quiso tanto ese poema porque fue expresión cristalina de su simbiosis con la lucha por la libertad.

Por eso, la gran verdad es que el poeta juvenil del “Canto a la Espiga y al Arado” se crece como bardo en el “Canto a España” y se realiza como ser social a partir de su integración a las filas anti-gomecistas. Y al hermosísimo primer cuarteto del “Canto a España”, compuesto de pura poesía:

“Yo me hundí hasta los hombros en el mar de Occidente,
yo me hundí hasta los hombros en el mar de Colón,
frente al sol las pupilas, contra el viento la frente
y en la arena sin mancha sepultado el talón”,

sucedió el “Canto de los Hijos en Marcha”, escrito en el Castillo de Puerto Cabello, con estrofas como esta:

“Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que me matan,
pónmela en la herida por la que me muero”.

Como apunta Domingo Miliani, “Adviene lo heroico de su propia elegía con dinámica intensa de poeta indiscutible”.

Es el mismo poeta, la misma fibra, pero son otros los valores que se integran a su creación hermoçada por la humanización del sentimiento. Hay variación en la calidad del mensaje, en la medida en que el poeta se va adentrando en la causa del pueblo. Incluso, en poemas místicos como “Píntame Angelitos Negros” - no casualmente incorporado a su libro “La Juanbimbada”, escrito en su mayor parte bajo prisión o en confinamiento y destinado de manera

especial al pueblo-, se percibe un mensaje de protesta, pero no en forma áspera sino finamente expresado.

“Píntame Angelitos Negros” es un poema popular por su motivación y por la penetración alcanzada en todos los tiempos. Es un poema universal, contentivo de un mensaje hondamente humanizado. Es un cántico a la igualdad de los seres humanos, a la igualdad social trasladada al reino de Dios. Es una llamada de atención frente a la Injusticia de las discriminaciones:

“No hay un pintor que pintara
angelitos de mi pueblo.
Yo quiero angelitos blancos
con angelitos morenos.
Ángel de buena familia
no basta para mi cielo...

Pintor que pintas tu tierra,
si quieres pintar tu cielo,
cuando pintes angelitos
acuérdate de tu pueblo
y al lado del ángel rubio
y junto al ángel trigueño,
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.”

Allí, la sensibilidad social del poeta se hizo expresión de un sentimiento cada vez más acendrado en la conciencia de la humanidad, que de ir aceptando como cierta la igualdad racial habrá de llegar a la cumbre que convertirá en pieza de museo el contenido de la siguiente estrofa:

“Pintor de santos de alcoba,
pintor sin tierra en el pecho,
que cuando pintas tus santos,
no te acuerdas de tu pueblo,
que cuando pintas tus Vírgenes,
pintas angelitos bellos,

pero nunca te acordaste,
de pintar un ángel negro.”

Se explica que este sea uno de los poemas más conocidos y más recitados de Andrés Bello en todo el Continente y que incluso haya alcanzado tanta divulgación como creación poética musicalizada.

En lo sucesivo el poeta no se apartaría de la motivación social, y fue así como en “Su Canto a los Hijos”, escrito a manera de testamento ético, incluyó estas expresiones de infinito amor al prójimo:

“Cuando se tiene un hijo,
se tiene al hijo de la casa y al de la calle entera,
se tiene al que cabalga en el cuadril de la mendiga
y al del coche que empuja la institutriz inglesa,
y al niño gringo que carga la criolla,
y al niño blanco que carga la negra,
y al niño indio que carga la india,
y al niño negro que carga la tierra”...

... “para mí no hay negro esclavo,
para mí no hay indio vil”...

Incluso, en su elegía final a la madre que tanto quiso y a la que cantó con tanta devoción, antes y en su poema “A un Año de tu Luz”, incluyó estas pinceladas:

“Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato.”

Fue el goce de cantar a los desamparados lo que inspiró su “Juanbimbada”, de intención satírica y que, aunque casi toda escrita entre rejas, no traslució un solo dejo de amargura:

“Me das, oh Juan, tu dame de mendigo,
me das, oh Juan, tu toma de pobrero,
tu clara fe, tu oscuro desabrigo,
y yo te doy, por lo que dando espero,
el oscuro esperar con que te sigo
y el claro corazón con que te quiero”.

Los valores populares lo subyugan y sólo cambia el estilo para enriquecerlos en sus “palabreos”. En el de “La Recluta”, recoge el dolor de la campesina a quien la comisión del gobierno le lleva el hombre, le quita el pan y le deja el corazón como “capilla sin santo”, y en el de “La Loca Luz Caraballo” da forma poética a la leyenda de la mujer campesina que, abandonada por todos, se queda contando sus desdichas con la ayuda de los luceros:

“De Chachopo a Apartadero
caminas, Luz Caraballo,
con violeticas de mayo,
con carneritos de enero;
inviernos del ventisquero,
farallón de los veranos,
con fríos cordilleranos,
con riscos y ajetreos,
se te van poniendo feos
los deditos de tus manos”.

Y allí está para siempre, a mitad del camino, la materialización de la leyenda, para dar fe de la fuerza creativa de un poeta para quien los valores del pueblo hicieron de inagotable fuente de inspiración.

Esos mismos valores están presentes en otro de sus poemas más conocidos: “La Renuncia”, en cuyo desarrollo trazó figuras de creación sublime, en armonía con metáforas prestadas del diario acontecer y un mensaje de reconocimiento para la grandeza del ser, libre de añadiduras:

“He renunciado a ti. No era posible.
Fueron vapores de la fantasía;
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible
una proximidad de lejanía...
He renunciado a ti, serenamente,
como renuncia a Dios el delincuente;
he renunciado a ti como el mendigo
que no se deja ver del viejo amigo;
He renunciado a ti...
como esos granujillas otoñales,
con los ojos estáticos y las manos vacías,
que empañan su renuncia, soplando los cristales
en los escaparates de las confiterías...

Yo voy hacia mi propio nivel. Ya estoy tranquilo.
Cuando renuncie a todo, seré mi propio dueño;
desbaratando encajes regresaré hasta el hilo.
La renuncia es el viaje de regreso del sueño”...

¿Cuántas veces han recitado “La Renuncia” personas necesitadas de expresar sentimientos de frustración y de despecho?

Andrés Eloy amaba cuanto de su pluma salía. Lo vivía, lo hacía suyo y sabía contagiárselo a los demás. De allí el dolor que le causara la pérdida de buena parte de su producción en manos de sus carceleros.

Fue por eso que se quedó vacío su libro “El Pueblo Color de Boina”, provocando en el poeta la protesta que escribió así:

“Quemar un poema es tan desalmado, tan inútil y tan mezquino, como matar un niño. Si el poema es bueno, se mata un niño bueno. Si el poema es malo, se mata un niño malo.

Los niños malos no se matan. Se vuelven a escribir.
Los poemas malos se vuelven a parir. ¿Es así?”

Reacción propia de “Un hombre bien construido por dentro”, como lo asentara Don Rómulo Gallegos en el prólogo de “Giraluna”; complementándolo años después, al descubrir el busto del poeta en su Cumaná natal y decir de él que fue “una de las realizaciones estéticas más gallardas que adornan el campo de las bellas letras venezolanas; pero además una de las figuras de más noble calidad humana con que se ha honrado nuestro gentilicio”... destacando igualmente “el don de gente, la ocurrencia feliz en la palabra fácil, el ingenio agudo y florido, la simpatía cautivadora y la virtud fascinante del verso que se habían reunido en Andrés Eloy para componerle posibilidades de buen éxito en el trato y comunicación con los demás”.

Nacido para amar, Andrés Eloy cultivó tres amores en forma permanente: su madre, el mar y el pueblo. A su madre le cantó sin soluciones de continuidad y compartió con ella, en el recuerdo, las desventuras del cautiverio; con el mar se mantuvo en diálogo constante, y al pueblo se asoció de manera indeleble cuando asumió su causa como propia.

Su admiración al mar la estampó en el Canto a España, tanto en el primer cuarteto como en el siguiente, al decir:

“Trajo hasta mí la brisa su cascabel de plata,
me acribilló los nervios la descarga solar,
mis pulmones cobraron un aliento pirata
y corrió por mis venas toda el agua del mar...”;

rubricándola, ya otoñal -después de mantenerla como una constante -, en las siguientes estrofas escritas con la melancolía presente en “Giraluna y el Mar”:

REGRESO AL MAR

“Siempre es el mar donde mejor se quiere,
fue siempre el mar donde mejor te quise;
al amor, como al mar, no hay quien lo alise
ni al mar, como al amor, quien lo modere.

No hay quien como la mar familiarice
ni quien como la ola persevere,
ni el que más diga en lo que vive y muere
nos dice más de lo que el mar nos dice”...

Y continúa:

MAR CARIBE

“Como para decirlo de rodillas:
¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras!,
¡qué bueno fue nacer en sus riberas!,
¡qué bien sabrá morir en sus orillas!...”

“¡Qué bien está decir que el mar es tuyo,
que el mar es mío y que en el mar te arrullo
con arrullo del mar de nuestra infancia!

Si hasta llorar con él tiene su encanto;
la barca es suya, de su sal el llanto,
suyo el adiós y suya la distancia.”

El mismo enamorado del mar que allá, en Noviembre de 1929, desde su encierro en el Castillo de Puerto Cabello, le cantara a “La Mar” de esta manera:

“Henos aquí en la mar,
a bordo del Castillo que ha de levar las anclas
con sus cien hombres que aman la mar,
con sus cien mástiles embanderados de gritos.

Henos aquí, compañeros,
esperando la hora en que el Castillo zarpe
y echemos por las bordas el lastre de los grillos
y el gran barco de piedra ponga proa a la costa
y ande sobre los montes como sobre las olas verdes,
hasta arriarnos a todos entre las muchedumbres,
entre las muchedumbres combatientes,
entre las muchedumbres ya pagadas,
entre las muchedumbres ya tranquilas,
saciadas de justicia, silenciosas de gesto,
entre las muchedumbres sosegadas de playa,
gravemente amainadas, como la mar de un puerto”

Entre sus tantos poemas dedicados al amor, hay uno particularmente delicado: “Silencio”. Forma parte de “Giraluna”, y aunque tiene dos sujetos: tú y yo (el Poeta y Giraluna), trasunta un diálogo del poeta con su propia conciencia de hombre enamorado, que quiere conservar su idilio más allá de la resurrección. Es una confirmación de amor sempiterno.

SILENCIO

“Cuando tú te quedas muda,
cuando yo me quede ciego,
nos quedarán las manos
y el silencio.

Cuando tú te pongas vieja,
cuando yo me ponga viejo,
nos quedarán los labios
y el silencio;

Cuando tú te quedas muerta,
cuando yo me quede muerto,
tendrán que enterrarnos juntos
y en silencio;

y cuando tú resucites,
cuando yo viva de nuevo

nos volveremos a amar
en silencio.

Y cuando todo se acabe
por siempre en el universo,
será un silencio de amor
el silencio”.

En la elipse que dibuja su obra, se suceden en cascada las metáforas risueñas de las épocas de júbilo y las reflexiones melancólicas de la etapa final; todas con punto de partida en la inspiración a flor de piel y todas entrelazadas por el propósito feliz de expresar los más puros sentimientos.

Andrés Eloy hizo de la poesía ejercicio de elevada responsabilidad, realizándose al través de la fecundidad de su palabra.

Sin haber llevado una vida plácida, porque sufrió privaciones, angustias y adversidades, su existencia no estuvo signada por la amargura ni sintió los efectos de las frustraciones. Su poesía del “Canto a los Hijos” toma tonalidad de enseñanza moralizadora en beneficio del buen vivir, se inspira en su propia vida y trasunta la voz de su conciencia, derramándose en mensaje de paz:

“Por mí ni un odio, hijos míos,
ni un sólo rencor por mí.
No derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin,
y no olvidar que las hijas .
del que me hiciera sufrir,
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid”.

Es el mismo canto en el cual exalta el amor a la patria ante sus hijos y termina premonitoriamente refiriéndose a la muerte que en breve le sobrevendría:

“Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del éxodo, la madre de Bolívar
y de Sucre y de Bello y de Urdaneta
y de Gual y de Vargas y del millón de grandes;
más poblada en la gloria que en la tierra,
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
si en la leche, en la sangre o la placenta,
que el hijo vil se le eterniza adentro
y el hijo grande se le muere afuera”.

Hay presentimiento del relevo final, que en llamado temprano al hijo que lo escucha con sus ojos de par en par, se plasma en estos otros versos:

“Por eso, en este ocaso, ya es la hora
de entregarte mi lámpara,
ya nos llegó el momento
de que tu mano encienda la luz que se me apaga”.

No vivió largos años, pero lo hizo tan intensamente y a tanta plenitud que la excelencia de su obra -sobre todo por su densidad- no guarda relación con el tiempo que empleó para efectuarla.

La ternura de sus versos y la armoniosa musicalidad de sus estrofas son elementos de facilitación para quienes recitan de memoria sus composiciones.

Sus versos perduran a despecho del transcurso de los años y se repiten sin cesar porque se expresó como todos quisieran hacerlo. Esa su poesía, sencilla, directa y expresiva, nacida para servir de desahogo a muchos que la sienten suya, no es ajena a una escala de valores en la cual el mensaje va adherido a lo fundamental; porque Andrés Eloy actuó como un perseverante educador del pueblo, consciente como vivió de su auténtica misión de adelantado.

Cuando, en su soneto a la muerte de un amigo, reflexionó entre lo permanente y lo pasajero, se expresó así:

“No hay que llorar la muerte de un viajero,
hay que llorar la muerte de un camino”.

Su poesía en “A un Año de tu Luz”, plasma en forma excelsa la expresión de un lirismo que se derrama en consonancia con su inagotable canto al amor materno.

“Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes.y destellos,
la canastilla de los serafines.”

Es de una poeta muy joven, pero muy fina en el lirismo que cultiva con mucho amor, este poema que acude en nuestro auxilio para ayudarnos a decir por qué Andrés Eloy vivió pulsando su lira interminablemente:

“La poesía
es un dios
que no cabe en ningún cuerpo
por eso se derrama”.

Su autora es Betsimar Díaz y su ingenio nos hace pensar en el inagotable manantial que fue la inspiración de Andrés Eloy, negada a contenerse en su individualidad y derramada sin cesar, para felicidad de todos.

La finura de su numen hizo de él el estilista de la palabra que siempre fue.

En versos o en prosa, Andrés Eloy “palabreó” su buen decir. Y quien, por no haberlo conocido personalmente, quiera imaginárselo, no tiene sino que pensarlo frente a un interlocutor (individual o colectivo) conversándole sobre los temas más variados y amenos, al través del poema, del artículo de prensa, el discurso o la simple tertulia.

Por todo cuanto hizo en el campo de la poesía, conquistó en buena lid la calificación de “poeta del pueblo”, como lo afirma Miguel Otero Silva al sostener: ... “Los únicos versos que el pueblo venezolano se sabe de memoria son los de Andrés Eloy Blanco. Y los repite en aquellos trances cruciales en que el ser humano necesita hablar en verso: cuando se enamora, cuando llora, cuando canta y cuando se rebela.”

Como poeta fecundo, Andrés Eloy hizo periodismo, hizo humorismo, hizo política y fue buen orador, sin jamás haber caído en desdibujamientos; porque fue invariablemente auténtico en todas las manifestaciones de su preclara inteligencia.

A den años de la fecha de su nacimiento, sigue siendo el personaje popular que supo adentrarse en lo más hondo del sentimiento nacional e interpretar el querer y el sentir de las gentes.

Quien mucho sabía de eso, Miguel Otero Silva, lo llamó, con justedad, “el poeta de Venezuela”, y uno de sus biógrafos - Efraín Subero - lo dibuja así: “Si Andrés Eloy no hubiera amado su pueblo, si no lo hubiera mirado, vivido, sentido y padecido, jamás hubiera podido escribir una poesía como la suya en que las mejores conquistas las realiza la sinceridad conjugada con su vocación • irrefragable de poeta”.

Por lo mismo, Mario Briceño Iragorry asienta: “Pudiera tenerse como el mejor de Venezuela aquel poeta que llegue a las más altas cumbres de la creación ecuménica. Pero para ser considerado “poeta nacional” es requerido que exprese un nexo profundo con el alma del país y con su vario paisaje. (Andrés Eloy Blanco, por ejemplo).

Y es del poeta José Ramón Medina esta aseveración: “No es aventurado afirmar, que efectivamente, Andrés Eloy alcanzó en su momento la estatura singular del poeta nacional”.

A todo lo cual cabe añadir que cantó con su lenguaje florido las vivencias más profundas del pueblo; plasmando en su expresión la queja del que sufría y su protesta por la injusticia que lo hacía sufrir.

El poeta mexicano Jesús Silva Herzog lo definió con elocuencia, al decir de Andrés Eloy:

“Desde su primera juventud se le clavó en el pecho el amor a la libertad; un amor encendido y perenne que le invadió el corazón, la sangre, la carne y los huesos. Por eso, por su amor a la libertad sufrió prisiones y destierros...”.

Y ese destacado valor de la intelectualidad guayanesa que fue José Manuel Siso Martínez, se expresó de Andrés Eloy así:

“...En el tono que le era característico, Andrés Eloy venía de lejos con su amplia cultura renacentista, con sus ojos que se asombraban a cada amanecer, que escudriñaban en el alma del pueblo y luego lo traducían en canciones, en aquellos palabreos que se han colado por toda Venezuela y que como aquellas canciones de Machado, el Castellano, se han hecho anónimos de tanto ser pueblo, de tanto expresar dolores y sentimientos, esperanzas, malicias y congojas...”

Todos estos calificados testimonios dan fe de las razones que han privado para que, a más de cuarenta años de su muerte, jamás haya caído en el olvido, reconociéndose que el eco de las resonancias dormidas que supo despertar con su verbo mantiene ritmo igual con el paso del tiempo, porque lejos de apagarse con la incorporación de nuevas juventudes, la médula vital de su mensaje cubre los hechos y sentimientos con la veracidad de sus imágenes eternamente vivas.

Con sus poemas, Andrés Eloy satisfizo el juicio, los sentidos y la imaginación. Su verso emergió de la fuente siempre viva de lo inextinguible, expresándose con elevación de pensamiento, profundidad de sensaciones y armoniosas palabras. Yendo en solicitud de la belleza, halló muchas verdades por todos compartidas. Para decirlo con Cervantes, su poesía fue el fruto fiel de su entendimiento.

Con su verso enseñó a pensar y a sentir la grande idea de la patria rediviva, entera y libre. Y, como apuntara Lorenzo Batallán, “sus versos no se declaman, se rezan”.

Su poesía, más que ropaje, destila sustancia, no ofrece vestiduras mentidas; se la siente y se la vive siempre humana, sin revestimientos extravagantes, sin excentricidades, sin empellones ante los efluvios del espíritu exquisitamente cultivado. Su poesía fue verdadera poesía, de esa que al decir del poeta español Gaspar Núñez de Arce, para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive. No cantar como el pájaro en la selva, extraño a lo que le rodea y siempre lo mismo, sino remover los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra abriendo surcos y cuanto más ahonde, cuanto más penetre y encame en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más será sentida y menos disputada su influencia.

Poeta de arte eximio, Andrés Eloy jamás declinará bajo el peso del tiempo; la retentiva generalizada entre los que pasan y los que se incorporan, aseguran la inmortalidad de su obra convertida en plétora de aliento.

El numen de su verso, íntimamente unido a la expresión de un ideal, encontró los caminos de su prosa para darle luminosidad cerebral al hilván jamás perdido de su gracia. Si sobresalió con su poesía artística, igualmente descolló por su prosa vigorosa, dotada no pocas veces de un donaire precisado en guarismos de pura razón.

Fue su fibra vital el factor nivelador de cuanto de él nacía; por eso, su mensaje hizo trascendente hasta los temas triviales convertidos en motivos de inspiración. Sin duda, su linaje espiritual, siempre presente, elevó a las alturas de lo trascendente la sencillez que recogía con emoción.

Alcanzándose a sí mismo, logró su propia edificación, transparentando al hombre en su real entidad y en su forma.

No hubo en él una tendencia que sometiera con rigor despótico las otras concurrentes a la conformación de su personalidad. A lo cual se refirió Luis Beltrán Prieto Figueroa al usar el término heterosílabo para calificar “la abundante riqueza de combinaciones que Andrés Eloy llegó a utilizar”.

Por igual se dio, aunque por varias vías, a la única tarea de vivir solidariamente con su pueblo, y, auxiliado de la persuasión, mostró a todos el camino ascendente para avanzar sin dobleces hacia las metas de la superación. Su creencia en los valores inquebrantables de la fe popular lo llevó a militar entre los abanderados de la lucha cívica y civilizada. Se hizo militante de partido sin abdicar su condición innata de poeta contemporizador, pero siempre mantuvo muy en alto la dignidad de los principios y la rectitud de su comportamiento.

Amante de la libertad civil como propósito social fundamental en la familia, rindió culto al vínculo de conciencia entre padres e hijos, entre hermanos, entre cónyuges, entre miembros de una misma familia y entre amigos, y, como hombre de pensamiento, jamás se negó a la hora de la acción en defensa del derecho a pensar y expresarse libremente, considerándolo esencial para el alcance de la vida del pueblo. Por eso, formó cuadro con quienes, como él, sembraron en la Venezuela despotizada por el autoritarismo la simiente de la lucha destinada a forjar la patria libre que se nutrió de su vida y de su muerte.

Enemigo de la opresión, por amante de la libertad, fue un esclavo luchador por la causa del pueblo, sin caer en el fanatismo jacobino y jamás dejó de ser el demócrata celoso de sus ideas mantenidas con firmeza.

Ese poeta sublime también fue destacado orador, ensayista, periodista, humorista, novelista, cuentista, biógrafo, dramaturgo, jurista, político, diplomático y hombre público, moviéndose alrededor, como eje central, de la búsqueda de la armonía existencial.

Por el buen sentido de la racionalidad y la firmeza de sus convicciones, ocupó sitio destacado en el campo del civismo. Ni en la cárcel llegó a perder la cordura, sobrellevando con respetable dignidad las cargas del presidio.

Su condición de demócrata ferviente fue una constante en su actitud ante la vida. Por demócrata repudió las dictaduras; por demócrata defendió la libertad. Por demócrata idealizó a su pueblo y lo exalzó al través del Juan Bimba de su creación. Luchó por la implantación de la libertad en Venezuela. Creyó en las capacidades del pueblo para organizarse y actuar como artífice de su ventura.

Rafael José Neri, su primo y su médico, conocedor del poeta hasta el momento de expirar, nos da a conocer una de las etapas más vitales de Andrés Eloy, la correspondiente a la muerte de Juan Vicente Gómez, al decirnos:

“La voz de Andrés es la que llena la calle y se mete en el cerebro y en las entrañas de los hombres del pueblo. Nadie les había hablado antes con sus mismas palabras, con sus mismos gestos, ni con sus mismas angustias. El poeta consentido era el espejo donde se miraba desnuda la intuición revolucionaria del pueblo y de la juventud. Era el artífice de la emoción colectiva que servía a las masas como abono extraordinario para la acción organizativa paciente que otros se prestaban a impulsar”.

Su identificación con demócratas de la talla de Franklin Delano Roosevelt formó parte de su carta de ciudadanía democrática de dimensión continental.

Su primer discurso político lo pronunció en febrero de 1936, durante la echada al mar de los grillos que a él y a los otros prisioneros de la dictadura tanto mortificaran. De ese momento tan trascendental, son estas frases suyas, de gran contenido sentencioso:

“Hemos echado al mar los grillos. Y maldito sea el hombre que intente fabricarlos de nuevo y poner una argolla de hierro en la carne de un hijo de Venezuela”.

A partir de ese entonces, ya en el plano de combatiente popular, se lo vio trajar por los predios del orador de masas, pero siempre en el tono coloquial que las multitudes tanto le celebraron.

El renombrado escritor e historiador guayanés Manuel Alfredo Rodríguez dice de él al respecto:

“El orador Andrés Eloy Blanco fue la resultante de un concurso feliz de facultades e inclinaciones en consonancia con una época más afortunada que la de sus predecesores de los años de tiranía y más abierta a las masas que la de los tribunos conservadores y liberales del siglo XIX... La exaltación de la oratoria de Andrés Eloy Blanco equivaldría

-si ella lo necesitara- a una defensa del arte .de hablar con elocuencia... Andrés Eloy ofrece el más claro y fehaciente testimonio de la grandeza, la hermosura y el poder creador del sacramento de la palabra sabiamente administrado.” Para añadir “Su verbo, cálido y excelso, es y será ejercicio de vida y manantial de poesía, espada fulgurante para la lucha por la justicia y la libertad, cátedra para la enseñanza de hombres y de pueblos; herramienta para la forja de patrias soberanas y maternales y relámpago alumbrador de las comarcas de la magia...Su palabra tenía “duende” y doctrina, sustancia y armonía, gracia y enseñanza”.

Iniciada la época de transición, formó parte de las organizaciones políticas que buscaron conducir cívicamente al pueblo hacia la conquista de la democracia plena en nuestro país. Formó parte de los cuadros del Partido Democrático Nacional (El prestigioso P.D.N.).

Fue Concejal en Caracas, por votación popular, y ejerció la presidencia del para entonces Concejo Municipal del Distrito Federal. Luego fue Diputado al Congreso de la República, donde inició la exitosa carrera parlamentaria que lo llevó, advenida la Revolución del 18 de Octubre de 1945, a la Presidencia de la Asamblea Nacional Constituyente que sancionó la Constitución venezolana de 1947, calificada entonces como la más democrática de América.

El día de la sesión inaugural, el 17 de diciembre de 1946, Andrés Eloy se expresó así:

“Excusadme el que me atreva a justificar mi escogencia como un hecho significativo que agrega calidad espiritual a este episodio culminante de la empresa revolucionaria. Más que un político, soy un hombre de letras; un poeta prestado por la poesía a la política, en nombre de la responsabilidad del pensamiento. Si algo puedo representar en la lucha es la insurgencia contra el aislamiento olímpico del cultivador de belleza, el aislamiento de la asignatura de la preocupación social, del contacto con la tierra y los seres; la conciencia del deber humano que tiene faenas constructivas para toda la fila que corre del juglar al albañil; la convicción de que un literato, como un hombre, no puede vivir solo; y en la hora amarga en que los hombres se complacen en sentir lo

ajeno como propio, la satisfacción de responder a la imperiosa invitación de ofrecer lo propio como ajeno”.

¡Maravilloso auto-retrato de un hombre consciente de su valía y consciente de su responsabilidad ciudadana; de la misión pedagógica que asumía al prometer cumplir con fidelidad los deberes del cargo con el cual lo investía la representación popular! Y a fe que lo cumplió a satisfacción de todos, por su erudición jurídica, por su capacidad para dirigir y orientar aquellos debates tan complejos y exigentes y por su exquisita condición humana, puesta a prueba, más de una vez, en medio de candentes discusiones.

El Dr. Rafael Caldera, co-autor y testigo calificado de aquellos históricos episodios, nos ofrece un valiosísimo testimonio al respecto, al escribir:

“No fue tranquilo el clima en que se reunió la Asamblea Constituyente de 1946.: Hoy, viendo a la distancia aquel agitado panorama, resalta la elevada función pacificadora que desde su curul de Presidente tocó desempeñar al Representante Andrés Eloy Blanco... Desde el primer momento él fue el resquicio de comprensión necesaria para que aquel cuerpo desempeñara su función, su función primordial, la de debatir ante los oídos del pueblo venezolano las cuestiones fundamentales de su organización política, que hasta entonces le habían sido total o parcialmente ajenas. Andrés Eloy lo comprendió así. Por él pudo lograrse que se transmitieran las sesiones a través de la radio. El influyó, como ninguno, en mantener la unidad orgánica de un cuerpo dividido en fracciones ardientemente opuestas. Y cuando la violencia verbal hacía parecer imposible la permanencia de la minoría en el seno de la Asamblea, él buscaba en los inagotables recursos de su talento la manera de echar, sin aparecer desautorizando abiertamente a sus más apasionados compañeros, un refrigerio sobre el espíritu atormentado de la Cámara... Una vez, por ejemplo, en un largo debate entre Andrade Delgado y Ambrosio Perera, lo comentaba así:

Para que este agosto coro
se convirtiera en un cisco,
Andrade se comió un disco
y Ambrosio se comió un loro”

Con precedencia a la actuación constituyente, Andrés Eloy atendió la alta responsabilidad de presidir la Comisión encargada de preparar la Asamblea Nacional Constituyente y el ante-proyecto de Constitución de 1947. En tarea tan honrosa y exigente, contó con la colaboración de otros venezolanos ilustres, destacándose entre ellos, por su condición de jurista aquilatado, el zuliano Dr. Jesús Enrique Lossada. Y el 5 de julio de 1946, al efectuar la primera entrega de la tarea asumida, Andrés Eloy se expresó de esta manera:

“No es lo mismo decir que se vive, que decir por qué, con qué finalidad se vive. Un pueblo no vive simplemente para comer, para gozar de ciertas garantías. Un pueblo, sobre todo cuando ese pueblo se llama Pueblo de Venezuela, “vive para crear”.

Hay una razón de su existencia como asociación política; no es el simple hecho de vegetar dentro de una demarcación geográfica y dentro de un lindero histórico”.

Hablaba el político de altura, el jurista consciente de que al pueblo hay que enseñarle a saber por qué y para qué quiere vivir en libertad. En esa oportunidad, el futuro presidente de la Asamblea Nacional Constituyente defendía la tesis de la inclusión de la parte dogmática en el propio texto de la Constitución.

De aquel ejercicio parlamentario datan intervenciones suyas en materias de importancia nacional, destacándose las referentes a la igualdad de derechos para la mujer (mayo de 1943), constitutivas de uno de los discursos más profundos, mejor documentados y más convincentemente pronunciados en el país a favor del voto femenino, sobre todo en momentos cuando para unos cuantos era asunto discutible por naturaleza...

“Digo yo. ¿Será verdad que porque un ser tiene una circunvolución más pequeña que otro, será inferior a él? ¿Será verdad que el lóbulo temporal de la mujer es más pequeño que el lóbulo temporal del hombre y que por eso la mujer es más bruta que el hombre? ¿Será el lóbulo temporal de Gabriela Mistral más pequeño que el lóbulo temporal de Eloy Tarazona? Y si es así, yo estoy seguro de que si el lóbulo temporal de Eloy Tarazona es mucho más grande que el lóbulo temporal de Gabriela Mistral, dentro de la grandeza del

lóbulo temporal de Eloy Tarazona no cabe ni una gota del torrente de luz milagrosa que hay en el lóbulo temporal de Gabriela”... “¿Por qué no le dejamos a la mujer no sólo el derecho de tener el hijo, de cuidarlo, de levantarlo, sino también el de defenderlo en la mesa en que se debaten los negocios públicos?”... “Los hombres solos... no hemos podido realizar a Venezuela, somos muy pocos; sumando a las mujeres, todavía somos una pequeña Nación; enmendemos el error de la Conquista; el del hombre que no colaboró con su esposa; hagámoslo siquiera como un efecto fecundo del remordimiento; hagámoslo para resarcirla de la parte cruel que le asignamos a ella en la implantación de un sistema de crueldad; hagámoslo por el hijo y por el hermano de la mujer de Venezuela, a quien los hombres de Venezuela se los tiramos boca arriba en una sábana detrás de una falsa bandera; hagámoslo por la vela de sobra en que la mujer de Venezuela esperó al hombre de Venezuela, que se iba arrastrado por un caballo escuálido, jineteado de mentira, de abandono y de muerte; hagámoslo como una obra de remordimiento; porque nosotros solos, lo repito, no supimos redondearla; no supimos redondear la conciencia venezolana”... "La media naranja no es la mujer: la tierra tiene forma de naranja: y a ella, a la mujer, le hemos dejado la mitad más amarga de la naranja; vamos a repartir con justicia el jugo de la naranja”... “El que la mujer tenga que pedirle permiso al hombre para abandonar la casa, no quiere decir que no pueda progresar la Constitución, hasta el punto de que la mujer no tenga que pedirle permiso al hombre para elegir un Diputado al Congreso Nacional. Es necesario que se sepa que la mujer al ascender en el plano constitucional, no pierde tampoco su aspiración a la luchar aquí en el Congreso, para ascender en el plano del Derecho Civil. Démosle a ella la oportunidad de venir aquí a discutir, precisamente, esa rémora, esas contradicciones de nuestra legislación privada”.

Discurso este último que marcó época en el Congreso, no sólo por el ardor que presidió las intervenciones del Diputado Andrés Eloy Blanco, sino por sus conceptualizaciones, por la fuerza argumental de sus aseveraciones y por el convencimiento que transmitió de estar expresando la verdad. Sin embargo, no fueron aprobadas sus proposiciones y fue necesario que se produjera en el país el cambio histórico que devino de la Revolución del 18 de Octubre de 1945

para que se borrara de la realidad venezolana la chocante discriminación de la mujer en el campo de los derechos políticos fundamentales.

De ese mismo ejercicio parlamentario datan también sus discursos a favor de la libertad de cultos (1939): “No, señores, el cielo no se gana apartando nubecitas con el paraguas y atropellando angelitos con los pies: el cielo se gana ayudando a los demás a ganar la tierra”... “Es en las rodillas de la madre donde nace la verdadera fe del cristianismo: no es en la escuela. La escuela venezolana, la escuela oficial venezolana, tiene que responder a la exigencia de la Constitución Nacional y al principio soberano de la libertad de cultos, de la libertad religiosa”; a favor del co-gobierno universitario (1940): “Creo que el estudiantado debe estar representado, no sólo en las escuelas (lo es con mucha más razón en los Consejos de las Escuelas), sino en el Consejo Universitario, porque están directamente interesados en la función de la Universidad...Me encanta a mí (que tengo algunos años de graduado) quitarme la edad y situarme siempre en las filas que con tanta amargura, con tan poca libertad y con menos suerte que los de hoy trajiné por los caminos de la Universidad”; a favor de los pobres (1940): ... “apoyamos toda iniciativa en pro de los pobres; démosles todas las facilidades para el pan, para la educación, para el vestido; cerremos para siempre ese hacinamiento de ciertas cárceles, en que los niños van a corromperse con los hombres; hagamos todo eso, y entonces les habremos ganado el cielo. Cielo a los niños pobres, y algunos ricos habrán ganado el Cielo también”; de profunda filosofía social (1942): “Los grandes pueblos han tenido un arte y un estilo. El estilo es el hombre, pero el estilo es también el pueblo. Estilo de su arte, de su política, de su presencia en la vida. De la unión de lo ambiental con lo histórico y lo económico, surgen vocaciones colectivas. Hay que lograr el estilo social y político de nuestros pueblos. Ni los malos artistas ni los pueblos inferiores tienen un estilo, porque él es el “imprímase” que la humanidad le pone a la naturaleza. La estética es la decencia de la política, ya lo dijo el viejo Eugenio Verón: “Los pueblos con un estilo, ven el lado grande de las cosas pequeñas; los pueblos sin estilo ven el lado pequeño de las cosas grandes”. Impreso el sello de un pueblo a su política, a los gobiernos les es más fácil la labor, según la sentencia de Thore: el arte propone, la ciencia expone, el trabajo dispone”.

Aquel Diputado de oposición, de verbo certero y sobresalientes aptitudes para sostener y defender las posiciones que asumía, alcanzó los más honrosos reconocimientos por su posterior actuación (ya para 1947) como presidente de la Constituyente.

Entre sus conceptuosos discursos parlamentarios encontramos pasajes trascendentes, como, por ejemplo, el referente a la necesidad de enseñar al pueblo a ejercer sus demandas, para no caer en conformismos contrarios a la búsqueda de la superación:

“Es necesario ver las necesidades y remediarlas. Es necesario, además, crear necesidades, porque hay muchas necesidades naturales que se van perdiendo por falta de uso. Necesidades fundamentales, cuando no son satisfechas durante mucho tiempo son olvidadas. No se sienten”.

Y aquel en el cual define novedosamente la Constitución:

“Cuando una Asamblea hace una Constitución, hace el espejo de un pueblo. Cuando se hace el espejo de un pueblo, tiene que haber un buen pueblo para mirarse en él. Cuando se hace una nueva Constitución, se hace un código de moral, pero no se hace una moral; cuando se hace una Constitución, se hace una norma de conducta, pero no se hace una conducta; cuando se hace una Constitución, se hace una ley de buen gobierno, pero no se hace un buen gobierno. Es el uso de ella, es el empleo de las facultades que ella confiere, es el timón bien llevado, la proa siempre puesta a la justicia, lo que de ella va infundir la grave responsabilidad en la conducta de los gobernantes. Ella es la Constitución.”

Todo en absoluta concordancia en estos otros conceptos:

“nos dicen los maestros que hay dos tipos de constituciones: las que surgen en épocas normales y las que brotan del fondo de las revoluciones: las primeras son componedoras; las segundas son creadoras. Trabajo de creadores tenemos que afrontar, si queremos que la Ley de nuestro pueblo sea él mismo, como la

imagen de un espejo. Debemos aspirar a que esta Constitución no tenga más reformas futuras que las impuestas por el crecimiento. Y para ello, debemos encarar nuestras instituciones fundamentales, para darles un sentido racional...acometer la tarea de la racionalización del Poder Público...que ella equivalga a la inversión de la vieja fórmula según la cual, los hombres de estas patrias le dieron siempre más importancia a los derechos de patrimonio que a los derechos de libertad.

Era la sensibilidad de un hombre público consciente de que las leyes que más benefician a los pueblos son las que consultan su idiosincrasia y resultan susceptibles de cumplimiento por ajustarse a las realidades sociales que van a regir. Exactamente, la tesis sostenida por el Libertador en su Discurso del Congreso de Angostura, al pedir que la República se rigiera por leyes cumplibles, por adecuadas a las condiciones socio-políticas de la colectividad a la cual iban destinadas.

La misma sensibilidad que se manifestó en la sesión del 5 de Julio de 1947, al sancionarse la Constitución respecto a la cual se expresó así: ... “Nació del sufragio universal; contiene las más avanzadas providencias en legislación del trabajo; contiene lo más nuevo en la defensa social; entre sus hojas, con sus cuatro pétalos abiertos, está la flor de las cuatro libertades. Tiene un regazo para el niño de Venezuela. Y para que tuviera el tono y el estilo maternal, podréis hallar en ella (entre una moción de la Representante Fermín, un desvelo de la Representante Saavedra, un artículo de la Representante Lucila Palacios y un esfuerzo de cada una de sus compañeras) la puntada de amor, el cairel de ternura, la tibia artesanía de conciencia que por la primera vez en nuestra historia pudo dar la mujer venezolana para que la Ley de los hijos naciera en las rodillas de las madres”.

Era la invocación de la verdad histórica referente al ejercicio, por primera vez, de la igualdad humana en el seno de la representación popular encargada de redactar la Constitución de la República. Dicho con hermosas palabras y juicio certero en relación con el paso de avance experimentado por el país al eliminar la chocante discriminación de la mujer como sujeto activo de los derechos políticos consagrados en la propia Constitución.

¿Cómo podía el Andrés Eloy Blanco de aquellas enjundiosas intervenciones en el Congreso de 1943, a favor de la igualdad del voto para la mujer venezolana, silenciar tan significativo progreso institucional, en el momento de declarar cumplida la alta misión confiada a la Asamblea Constituyente que se le encomendó presidir?

Data de 1947 la publicación de su libro “Vargas, Albacea de la Angustia”. Una biografía escrita con auténtica admiración y atrayente galanura. En su texto, Andrés Eloy dio prueba fehaciente de que nunca exageraron quienes lo llamaron el poeta del verso y de la prosa. Además, el libro constituye la explanación de la cátedra de civismo que su autor diseñó tantas veces en su obra versificada. Leer este libro de Andrés Eloy es hacerse partidario de José María Vargas, salvo que se carezca de sensibilidad.

“La Guaira, puerto de mar, difícil de levar y de anclar, áspero, como el encuentro de una ola con una piedra, fue la cuna de dos hombres que representan el comienzo de dos navegaciones, la encarnación de dos angustias: José María España y José María Vargas. El primero, precursor de la Independencia Política de la América Meridional; el segundo, precursor de la Independencia Civil de Venezuela. El primer José María es el bautismo de sangre de la emancipación; el segundo es la comunión de Venezuela con la responsabilidad.

Cuando abortó el primer movimiento Libertador, le cortaron la cabeza a José María España; cuando abortó el ensayo civil, con la destitución de Vargas, le cortaron la cabeza a la República. Ambas cabezas retoñaron en la conciencia de las nuevas generaciones”...

“...Vengo a la casa de Vargas y en el zaguán encuentra mi palabra un millón de palabras vestidas como ella, con el pañuelo color de viento, las alpargatas color de marcha y el camisón color de patria”...

... “¿Qué valor, qué potestades, qué fusiles de Voltíjeros, qué puñales de Carujo podrían desviar la mirada de ese hombre, clara como el agua, derecha como la Justicia, y terrible como la verdad?”...

... “Vargas no es simplemente un grande hombre, Vargas no es simplemente el más puro de nuestros Magistrados. Vargas es una hora, es una hora en un reloj, una hora pasada, presente y futura, cíclica declinante y vigente en órbita fatal sobre nosotros, una hora con vigencia imprescriptible, una hora que suena con periódica angustia en la conciencia venezolana”... “La hora de Vargas está esperándose a sí misma, en un viejo reloj, entre un minuterero de angustia y un horario de esperanza.”

Electo Senador, dejó de incorporarse por haber asumido el desempeño del Ministerio de Relaciones Exteriores en el gobierno de elección popular, presidido por Don Rómulo Gallegos. Su identificación con el sistema democrático lo hizo enemigo irreconciliable del gobierno de fuerza impuesto en el país a partir del 24 de noviembre de 1948.

Por eso murió en México, exiliado, el 21 de mayo de 1955, exactamente el día cuando se cumplían dos años de la muerte de Alberto Carnevali, otra víctima del déspota de turno.

Ese día pronunció el que sería su último discurso (el primero después de la crisis coronaria que sufriera). Versó sobre la disciplina y la fe características de Carnevali, en el marco de apreciación y reconocimiento de la voluntad y capacidad de decisión del pueblo venezolano para resistir hasta vencer al dictador entronizado en el poder.

El mismo Rafael José Neri, el que nos hablara del Andrés Eloy crecido y triunfante a raíz de la muerte de Gómez; el que dirigiera “La Voz del Estudiante”, en 1937, en compañía de Leonardo Ruiz Pineda, nos narra los últimos instantes antes de producirse la trágica muerte del poeta, así: “En Una camilla portátil yacía frágil el cuerpo de Andrés, vestido de azul y aparentemente intacto. Todo el desastre estaba por dentro, en sus huesos

destrozados, en su corazón aprisionado por la sangre de sus arterias desgarradas, en su inmenso cerebro desconectado para siempre del amplio mundo de sus sensaciones. No escuchaba, no miraba, no sentía. En sus labios secos sólo un susurro de angustia donde quedó estereotipado su último pensamiento consciente”...

Ante su absurda muerte, el Dr. Rafael Caldera escribió: “Deja Andrés Eloy Blanco tras de sí un hermoso testimonio poético. Sus versos, que ya desde los días del Canto a España, corren de labio en labio, seguirán viviendo como una emoción pura, expresada con tersa limpidez. En su obra, la selección irá espigándola, no el rigor doctrinario de los críticos, sino el sentimiento de las gentes sencillas. Porque éstas fueron siempre, en el fondo de su creación poética, el destinatario de su obra...”.

Su exilio, como su vida entera, transcurrió en medio de la más ejemplarizante dignidad.

Integrante de la generación fundadora de Acción Democrática, es el autor de su glorioso himno, musicalizado por el maestro Inocente Carreño.

En el ejercicio de las altas funciones públicas que le correspondió cumplir, puso todo su empeño por servir, por encima de todo, a Venezuela.

Fue un ciudadano a carta cabal, que interpretó la vida como el cumplimiento de una misión de alto contenido ético:

“Vivir es desvivirse por lo justo
y por lo bello”,

incorporó a las estrofas de su “Canto (de despedida) a los Hijos”.

Por todo ello, el Maestro Gallegos dejó dicho de él:

“Andrés Eloy no se limitó a convertir en bella obra poética la angustia y el dolor de su gente sobre su tierra, sino que asumió además, en el campo de la acción donde con eficacia pudieran moverse sus facultades propias, responsabilidad de ciudadano ejemplar”.

Y de allí, el acierto de José Ramón Medina al escribir “Así lo vimos en la calle, en la tribuna, en el periódico, en el libro o en el verso luchando a brazo partido por la defensa de las ideas, de las convicciones, de las razones más altas, del derecho, la libertad y la justicia”.

Por sus glorias, por sus méritos, por su hombría de bien, por su ejemplarizante vida de virtuoso ciudadano; por lo tanto que dio a su pueblo, con el que vivió en comunión singular, el Senado de la República dispuso el traslado de sus restos mortales al Panteón Nacional.

Ese día, otro gran poeta venezolano y amigo entrañable de Andrés Eloy-Miguel Otero Silva- pronunció la oración que reza así:

“Tu primer entierro, hermano, fue una ceremonia muy diferente a esta solemne consagración de hoy. Decenas de sayones habían ocupado el cementerio, se agazapaban como coyotes tras los pinares, garrapateaban nuestros nombres en sus libretas de cuero negro y miraban hacia tu urna con un odio torvo como si quisieran matarte de nuevo. Largas hileras de pueblo llegaban silenciosas hasta el borde de tu sepultura, cabezas de ancianas llorosas se asomaban por entre los mausoleos, más de cincuenta jóvenes, estudiantes y obreros, cruzaban sus brazos sobre el pecho insumiso para no olvidar nunca el golpe de tu ataúd sobre la tierra.

Ahora volvemos a sepultar tus restos más no en parcela de gleba sino en solar de mármoles. Tú dijiste una vez, hablando de un escritor venezolano muerto, que su cuerpo había pesado en vida sesenta kilos: diez de huesos, diez de carne y cuarenta de corazón. Lo dijiste sin pensar que con esas palabras estabas tasando tu propia estructura.

Ahora ya tu carne se volvió oloroso panal de abejas como la de Martín Tinajero, y de tu corazón enamorado nacieron hormigas y caballitos del diablo, y con tus jugos vitales se fabricó el milagro germinal de la hierba que proclamaba tu

resurrección. Sólo quedan en tu cajón de muerto los diez kilos de huesos que van a reposar por los siglos de los siglos al lado de las cenizas de los próceres que tanto amó tu sustancia venezolana y con tanto aliento cantó tu verso universal.

Ya nadie discute el derecho de los poetas a poblar los panteones en compañía de los grandes héroes de la guerra, de la política y de la ciencia.”

El día del “primer entierro” de Andrés Eloy, el Miguel Otero Silva del momento fue el para entonces joven poeta venezolano Helí Colombani.

Luis Beltrán Prieto Figueroa, con su fibra de poeta y su autoridad de aquilatado educador, dijo:

“...pocos son los venezolanos que pueden ofrecer nombre más puro ni conducta más limpia, como para servir de paradigma y ejemplo, no sólo a una generación de maestros, sino a un pueblo entero, como Andrés Eloy Blanco, maestro de las letras, maestro de dignidad ciudadana, del trabajo esforzado, de la acción cristalina para el noble servicio de su patria”.

Es del escritor Alfonso Reyes este perfil de Andrés Eloy: “Parecía, en su dulzura y en su limpieza, una acusación viviente contra todas las violencias y las injusticias del mundo”.

De Luis Barrios Cruz este otro:

“Yo entiendo a Andrés Eloy Blanco, el hombre y el poeta, que en él fueron la misma cosa vibrante y cálida, como una persona extrovertida, efusiva, comunicativa, ardientemente necesitada de ponerse a toda hora en contacto con los demás hombres, con la naturaleza, con el universo...No se hallará nunca solo, sino junto con el padre, la madre, los hermanos, la esposa, los hijos, los numerosos amigos, el

vasto auditorio, la entusiasta muchedumbre. Es hombre-pueblo. Es poeta-pueblo.”

Y de Alí Lameda el que sigue: “Hoy más que nunca nos hace falta Andrés Eloy Blanco, con lo que nos diera en deleitoso y fecundo regalo su bellísima, sabia y resonante voz de poeta, de político y de tribuno.”

Al hacerlo presente en el recuerdo, debemos evocar una frase improvisada por él cuando, muerto Juan Vicente Gómez, regresara a su ciudad natal y, al ser conducido por la multitud que lo aclamaba hasta la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, exclamó emocionado: “Felices los pueblos que no se olvidan de sus hijos. Afortunados los hombres que no se olvidan de su pueblo.” Y, al parafrasearlo, añadir: el pueblo venezolano, sin distinción alguna, vive hoy la felicidad que le proporciona rendir honor a su poeta que tuvo la fortuna de haber vivido en permanente comunión con él..., haciendo nuestra la frase nacida del fervor estudiantil: "mientras haya estudiantes, el nombre de Andrés Eloy Blanco y su poesía no morirán”...

Hombre de una sola faz pero de fecundas manifestaciones, Andrés Eloy Blanco fue, en el Concejo Municipal, acucioso municipalista; en la Cámara de Diputados, brillante orador y parlamentario destacado; en la Asamblea Nacional Constituyente, constitucionalista sobresaliente y presidente inmejorable; en el gobierno, Canciller prevaleciente... y en la vida, poeta eximio...el poeta nacional de Venezuela.

En este año centenario de su nacimiento, lo tenemos en la presencia del recuerdo y en la esencia de su poesía inmortal. De allí, que nada mejor para definirlo que el verso sonoro de José Santos Chocano:

“...fue poeta...y eso basta!”,

David Morales Bello

APENDICE ANTOLÓGICO

CANTOS, POEMAS, SONETOS

E

**INTERVENCIONES PARLAMENTARIAS
DE ANDRES ELOY BLANCO
REFERIDOS EN ESTA SEMBLANZA**

Aunque esta SEMBLANZA se inspira en toda la obra literaria de Andrés Eloy Blanco, en su contexto hay señalamiento concreto de algunos Cantos, Poemas y Sonetos, cuyas estrofas enriquecen las apreciaciones del autor. Y para que el lector tenga a mano esas fuentes, se insertan a continuación, en su orden, los textos completos de todos ellos.

Helos aquí:

- 1° El Río de las Siete Estrellas,
- 2° Orinoco,
- 3° Canto de los Hijos en Marcha,
- 4° Soneto de la Rima Pobre,
- 5° Los Palabreos,
- 6° Píntame Angelitos Negros,
- 7° La Renuncia
- 8° La Muerte y el Caballero,
- 9° La Mar,
- 10° Mar Caribe,
- 11° Regreso al Mar,
- 12° A un Año de tu Luz,
- 13° Canto a los Hijos.

EL RÍO DE LAS SIETE ESTRELLAS (CANTO AL ORINOCO)

Invocación al Dios de las Aguas

Dios submarino, Dios lacustre, Dios fluvial,
uno en el tritón y en la garza
y en la dulce corbeta y el áspero crucero,
Dios del agua, Señor de la Casa de Cristal,
Dios Marinero.

Expresión de agua de tus mil expresiones,
río tendido de Volturno a Cristo,
vuelo del Ibis que cruza
del mascarón de Argos
al mastelero de la Santa María,

Dios argonauta,
que tiendes a las manos de la Armonía
el río de tu música, largo, como una flauta.
Dios infuso en el lago blanco de la nube alinderada de azul,
Dios de espuma en el crespito del corderillo,
Dios tormentoso en la melena del león,
Dios zahorí, estancado en la pupila del tigre,
Dios del río de estrellas que de Oriente a Occidente
cruza de noche el cielo,
Dios del agua combatiente
en el crinado Niágara y el sospechoso Dardanelo:

Tiende la diestra, donde nace el Río
y la zurda, donde desemboca
-en un cristalino arco de Brahma-
tiende el ánfora de las manos,
Señor del Agua, Viejo Comandante,

hacia los manantiales sonoros,
hacia el tibio remanso
del Orinoco de agua beligerante
brotado de tus sienes, sudado de tus poros
en el sábado de tu primer descanso!

La Orbita del Agua

Vamos a embarcar, amigos,
para el viaje de la gota de agua.
Es una gota, apenas, como el ojo de un pájaro.
Para nosotros no es sino un punto,
una semilla de luz,
una semilla de agua,
la mitad de lágrima de una sonrisa,
pero le cabe el cielo
y sería el naufragio de una hormiga.

Vamos a seguir, amigos,
la órbita de la gota de agua:
De la cresta de una ola
salta, con el vapor de la mañana;
sube a la costa de una nube
insular en el cielo, blanca, como una playa;
viaja hacia el Occidente,
llueve en el pico de una montaña,
abrillanta las hojas,
esmalta los retoños,
rueda en una quebrada,
se sazona en el jugo de las frutas caídas,
brinca en las cataratas,
desemboca en el Río, va corriendo hacia el Este,
corta en dos la sabana,
hace piruetas en los remolinos
y en los anchos remansos se dilata
como la pupila de un gato,
sigue hacia el Este en la marea baja,
llega al mar, a la cresta de su ola
y hemos llegado, amigos... Volveremos mañana.

La Parima y las Fuentes

La Parima es el sueño faraónico
y la piedra de Moisés,
el panal negro de la Hermana,
que el Hermano Francisco no vino a conocer.
Catedral del misterio, Sierra del Sur, Ignota,
lengua escondida de la voz del agua,
párpado mal cerrado de Dios, que deja ver
la hebra azul de una mirada.

Yo soñé para tu Gloria,
río de la Patria,
escribir una palabra esencial
en la hoja de la sabana,
mojando en tus fuentes oscuras
el aguijón celeste de una pluma de garza.
Pero, sólo encontré mi sangre,
con su rojo tenuado por la mezcla de lágrimas.

Sin embargo, te ofrecí venir
¡y en tu camino estoy!
Tú saldrás de tus fuentes: el Dios de la Parima,
el Dios Indio, te abrirá la puerta
de su gran casa oscura; el Viejo Dios
te dejará venir como todos los días
y en tu camino estaré yo...
Tú sales de las manos de tu montaña,
como sale un milagro de la mano de Dios,
como todas las noches, de la jaula del cielo
se escapa y va a los campos el pájaro del Sol.

Casiquiare

Ciudadano venezolano,

Casiquiare es la mano abierta del Orinoco

y el Orinoco es el alma de Venezuela,

que le da al que no pide el agua que le sobra

y al que venga a pedirle, el agua que le queda.

Casiquiare es el símbolo

de ese hombre de mi pueblo

que lo fue dando todo, y al quedarse sin nada

desembocó en la Muerte, grande como el Océano.

Bestiario

EL CAIMAN

Es el Capitán del Río;
viejo zorro dormilón, viejo Neptuno,
con ese dolor de eternidad
de los que se salvaron del Diluvio

En la playa candorosa
alza su boca abierta el Capitán del Río
como si fuera echando hacia los cielos
las almas de los que se ha comido.

Viejo zorro, compadre del filósofo,
¡sospechoso, como el lomo de un libro...!

LA RAYA

Alacrán de orilla,
comadre de orillera,
oculta, como una mala intención,
enconosa, como una mala lengua.

Quizá no entra al Río
porque no la dejan
y se embosca en la orilla, como el mango de marzo,
que al quitarse la cáscara, nos la pone en la puerta.

EL TEMBLADOR

Bólido entre dos aguas, gota de tempestad,
gato de agua -el alma de algún gato hundido-
o más bien un rayo que cayó una noche

y cuando iba hacia el fondo, se pasmó con el frío.

EL CARIBE

La diezmillonésima parte
de un tiburón
multiplicada diez millones de veces.
El Caribe es la distancia más corta
que hay del Río a la Muerte.

EL BOA

La cola en el árbol, la boca en el río,
es todo un cauce:
entra al Orinoco la cascada viva,
el tributario de carne.

EL MONO

Desde el árbol más alto, donde se toca el cielo,
colgado de la cola al pico de una estrella,
con las manos tendidas, nos saluda el Abuelo.

LAS GARZAS

¿Es una nube? ¿Es un punto vacío
en el azul...? No. amigo mío,
es un bando de garzas... Son las novias del Río...

Los Tributarios

Siete caballos, como trailla,
sin rienda ni silla,
por siete caminos vienen en tropel;
como una trailla de grandes mastines,
esposos de espumas, de nervios, de crines,
los siete caballos llegan hasta él.

Él les ve llegar:

El primer caballo le ofrece sus ancas
para cabalgar,
el segundo, dale sus espumas blancas,
como las del mar,
el otro, en la floja nariz que palpita
le da un humo blanco con calor de hogar,
el cuarto se encabrita
y el quinto relincha, de azogue el ijar
y el sexto murmura y el séptimo grita
y Orinoco es todo lo que llega al mar.

Los cuatro primeros
son la guardia de las Fuentes,
los Sacerdotes de la Palabra Secreta,
la trinchera del indio, cuatro potros inmóviles
en las cuatro esquinas de su tumba abierta.

Guardajoyas del misterio:

el Caura y el Guaviare y el Vichada y el Meta,
antemurales de la Tradición,
caballos de San Marcos de los ríos de América.

El quinto es la piedra que va monte abajo,

potro desbocado, cola y crines negras,
piedra de diamante,
luminosa piedra.

Camino arduo de los Conquistadores,
zarzal de la limpia rosa misionera,
breñal por donde se mete
el Cristo buscando ovejas,
milagro de la Conquista,
Caroní, Bucéfalo de América.

El sexto es un caballo alegre,
con el anca nevada de una garza llanera;
vio el engaño del Yagual
y la astucia de las Queseras,
buen amigo de Ulises, el Arauca de plata
fue el Caballo de Troya de los ríos de América.
Y el séptimo fue el río que bajó de los Andes
y cruzó el llano, espoleado por la Leyenda,
en el lomo le floreció un Centauro
injerto del tritón, que tomó Las Flecheras,
caballo del Prodigio, cimarrón de la Hazaña,
Apure es el Pegaso de los ríos de América...

Y a ti vinieron los siete caballos
y entraron los siete por tus siete estrellas
y tus siete heridas se te Iluminaron
cuando detuviste tu carrera,
porque un hombre triste se aferró a tu lomo,
y sentiste sus manos fuertes como dos riendas
y marchaste con el hombre triste
que te pesaba como un mundo... ¡y tan pequeño como era!
y así fue que en tu espalda marchó Alonso Bolívar

y fuiste el Rocinante de los ríos de América...

El Río de las Siete Estrellas

Una Pumé, la Hija de un Cacique Yaruro,
fue conmigo una noche, por las tierras
verdes, que hacen un río de verdura
entre el azul del Arauca y el azul del Meta.
Entre los gamelotes
nos echamos al suelo, coronados de yerbas
y allí, en mis brazos, casi se me murió de amores
cuando le dije la Parábola
del volcán y las siete estrellas.

Quiero recordar un poco
aquella hora inmortal entre mis horas buenas:
Sobre la sabana los cocuyos
eran más que en el cielo las estrellas,
no había luna, pero estaba claro todo,
no sé si era mi alma que alumbraba a la noche
o la noche que la alumbraba a ella;
estábamos ceñidos y hablábamos y el beso
y la palabra estaban empapados de promesas
y un soplo de mastranto ponía en las narices
ese amor primitivo del caballo y la yegua.
Ella me contaba historias
de su nación, leyendas
que se pierden entre los siglos
como raíces en la tierra,
pero de pronto me cayó en los brazos
y estaba urgente y mía, coronada de yerbas,
cuando le dije la Parábola
del volcán y las siete estrellas.
Fue en el momento en que evocamos

al Orinoco de las Fuentes, al Orinoco de las Selvas,
al Orinoco de los saltos,
al de la erizada cabellera
que en la Fuente se alisa sus cabellos
y en Maipures se despeina;
y luego hablamos del Orinoco ancho,
el de Caicara que abanica la tierra,
y el del Torno y el Infierno
que al agua dulce junta un mal humor de piedras,
y ella quedó colgada de mis labios,
como Palabra de carne que hiciera vivo el Poema,
porque le dije, amigos, mi Parábola,
la Parábola del Orinoco,
la Parábola del Volcán y las Siete Estrellas.

Y fue así: La Parima era un volcán,
pero era al mismo tiempo un refugio de estrellas.
Por las mañanas, los luceros del cielo
se metían por su cráter,
y dormían todo el día en el centro de la Tierra.
Por las tardes, al llegar la noche,
el volcán vomitaba su brasero de estrellas
y quedaban prendidos en el cielo los astros
para llover de nuevo cuando el alba viniera.

Y un día llegó el primer llanto del Indio;
en la mañana del descubrimiento,
saltando de la proa de la carabela,
y del cielo de la raza en derrota
cayó al volcán la primera estrella;
otro día llegó la piedad en el Evangelio
y del costado de Jesucristo, evaporada la tristeza,
cristalina de martirio e impetuosa de Conquista,
cayó la segunda estrella.

Después, recién nacida la Libertad,
en su primera hora de caminar por América,
desde los ojos de la República
cayó al volcán la lágrima de la tercera estrella.

Más tarde, en el Ocaso del primer balbuceo,
en el día rojo de La Puerta,
nevado del hielo mismo de la Muerte
cayó el diamante de la cuarta estrella;

Y en la mañana de la Ley,
cuando la antorcha de Angostura chisporroteó sobre la guerra,
despabilada de las luces mortales,
sobre el volcán cayó la quinta estrella.

Y en la noche del Delirio,
desprendida de Casacoima, Profetisa de la Tiniebla,
salida de la voluntad inmanente de Vivir,
estrella de los Magos, cayó la sexta estrella.

Y un día, en el día de los días, en Carabobo,
bajo el Sol de los soles,
voló de la propia cabeza
del Hombre de cabeza estrellada como los cielos
y en el volcán de la Parima cayó la última estrella.

Pero ese mismo día
sobre la boca del volcán puso su mano la Tiniebla
y el cráter enmudeció para siempre
y las estrellas se quedaron en las entrañas de la Tierra.

Y allí fue una pugna de luz,
una lucha de mundos, un universo en guerra;
y en los costados de su tumba,
horadaban poco a poco su cauce las siete estrellas;

que si no iban hacia el cielo
se desbastaban con sus picos la trayectoria de las piedras.
Hasta que llegó una noche
en que rotos los músculos del gran pecho de tierra,
saltó de sus abismos, cayó en una cascada,
se abrió paso en la erizada floresta,
siguió el surco de las bajantes vírgenes,
torció hacia el Norte, solemnizado de selvas,
bramó en la convulsión de los saltos,
y se explayó por fin, de aguas serenas,
con la nariz tentada de una sed de llanuras,
hacia el Oriente de los sueños
el Orinoco de las Siete Estrellas.

Angostura

En Angostura, el río
se hace delgado y profundo como un secreto,
tiene la intensidad de una idea
que le pone la arruga a la Piedra del Medio.

En Angostura, el agua
tiene la hondura de un concepto
y acaso aquí es el río la sombra de Bolívar,
metáfora del alma que no cabe en el cuerpo.

Ved cómo viene, río abajo
pensad algo en el río sin vallas y sin puertos,
ancho hasta el horizonte,
caluroso como el Desierto.
La barca es un instante en la vida del agua,
una hoja en un árbol, una nota en un trueno,
y en la barca venía la esperanza de América,
un sorbo de hombre apenas, una pluma en un vuelo,
la gota primeriza donde nace

el Orinoco del Ensueño.

Y llegó aquí, a Angostura, en una playa primitiva
atracoó la canoa; vedle hundir en el suelo
el tacón fino, con el pinchazo
de la avispa que quiere conocer su avispero;
seguidle, subiendo la cuesta
hacia la ciudad; un revuelo
de campanas anuncia su llegada, las casas
se endomingaban de banderas y de letreros,
de Soledad arriban canoas con mujeres
como cestas con mangos y mereyes del tiempo.
Angostura gallea su jarifa prestancia
para gustarle al Héroe guapo que tenía los ojos negros.

Y cuando subió la escalera,
hacia la cumbre del Congreso,
y cuando volvió hacia la playa
con la República en el pecho,
¿qué fue, Orinoco, aquella luz
que te encrespó los músculos y te erizó los nervios
y sacudió tus hondas fibras
desde la planta de Maipures hasta el puño de Macareo?
¿No era la Patria acaso? ¿No era la Patria misma?
la patria secular que te nació en tu seno
y vivirá en los siglos, eterna como el Mundo,
porque si un día se nos muere te devolverás del Océano.

Coro de las Provincias

Violento de armonía, en el tono de la resaca,
llega el coro de las siete provincias,
siete rostros adolescentes
en las siete ventanas
de las estrellas de la Autonomía.
Cantan. Canta con ellas la niñez de la Patria,

que la primera leche de los labios destila,
baja de las estrellas el primer rubio
que cose en los maizales el botón de la espiga;
danza el coro de las provincias,
en el aula republicana.
Pero danzan sobre la yerba
azul de fantasía,
sobre el cielo de Miranda
horadado de mástiles mientras navega la escuadrilla.

La palabra Guayanesa
no está en el coro de las siete ninfas,
y ellas invierten el camino del cielo
y hacia el Oriente navegan como las siete cabrillas;
y allí ven el milagro de la Tierra,
de un lado, el oro virgen da una franja amarilla,
hacia el Norte, del otro lado,
las Pampas de Oriente, rojas de Reconquista,
y en la mitad un río azul,
y allí se ven copiadas y en su centro se anidan.
Y así fue como el río su franja de cielo que preside la danza de las siete
provincias.

Evocación Indígena

Subiendo hacia San Félix, donde el río enseña dos dientes,
donde el río enseña, bien cerrados,
los dos puños de Piar exprimiendo la Hazaña,
subiendo hacia San Félix vimos el arco iris
que hacía el arco indio sobre su cuerda de aguas.
Y entonces recordé, amigos,
aquella lección de Historia que leímos en la infancia,
la primera lección de Historia,
en que nuestra leyenda nos inaugura el alma:
Recordad la primera lección:

nos dice que Colón nos descubrió en su tercer viaje
y habla de las corrientes aquellas que detuvieron a Colón.

Simple clase de Historia, clara como una mañana
sencilla como el día de la primera novia,
sueño de las primeras madrugadas,
simple clase de Historia, como un día domingo,
con misa de ocho y ropa almidonada,
clase de Historia que nos cuenta el día
en que venían las carabelas de España,
mientras, ajeno a todo lo que del mar viniera,
para su novia, por los montes, buscaba flores Sorocaima.
Por el estrecho tempestuoso
las tres carabelas avanzan,
otra vela se iza en las espumas
que abanicán las piedras de la costa de Paria,
las tres carabelas vienen
pero del lado de los indios las veinte bocas las aguardan.

Y al enfilarse hacia el Océano libre,
una sombra se levanta;
abiertas las piernas sobre el Delta,
aferrado al suelo que sus tesoros guarda,
el Orinoco de sus muslos mojados,
que tiene oro en los pies y el Sol en las espaldas
y la cabeza entre los cielos,
en una mano tiene un arco y con veinte flechas dispara,
y luchan las tres naves por avanzar y en vano
porque en el Delta le rechaza
el viejo indio autónomo
que nació en la Parima y creció en la Guayana,
y tiende el arco indígena, sí, tiende el arco iris
y lanza veinte flechas si vuelan veinte garzas...

La Barca Futura

Río de las Siete Estrellas,
camino del Libertador,
sangre del Corazón de América,
¡aorta que no sale del corazón!

Río delgado de las fuentes
río colérico de los saltos,
río de las siete estrellas,
que en la Fuente no llenas el hueco de las manos
y luego eres el sueño de un mar sin continencia!

Río brujo, que te pintas de todos los cielos,
Río de La Urbana,-planicie pampera,
Río de San Félix, solución de gloria,
Río de Angostura, cauce de la guerra,
Río de Barrancas, Río de pensar
cómo puede haber tanta agua en la Tierra,
Río de nuestra Esperanza, cuando la Esperanza sea!
Río de nosotros, nuestro espejo mismo,
espejo de esta alma nuestra,
por la cual, incansable como tú de horizontes,
trasudamos en vueltas y revueltas!

No he de poner mis manos sobre tu lomo,
no he de pintar tus riberas,
que si en la izquierda tienes el corazón de las ciudades,
en la derecha levantas el brazo de las selvas;
no he de tocar tus aguas, tus millones de gotas,
que son el diezmo de las cumbres para el culto de las praderas,
no he de caminar por tus ondas,
que ya vendrá el Maestro caminando por ellas.

Sólo quiero ensanchar los ojos
hacia el desfile futuro que por tus aguas navega
y hacia el desfile del pasado,
hacia la realidad y la promesa,
hacia la barca de Antonio Díaz
y hacia el hondo sueño en que sueñas
con la proa del acorazado,
como los niños campesinos con su vapor de cuerdas,
con el barco de acero
que avance hacia tus fuentes aureolado de velas
y parada en el tope la paloma del Iris,
abierto el pecho por tus Siete Estrellas...

La Barca del Pasado

Y ahora, vuelvo los ojos
hacia la síntesis del Canto,
hacia la barca del Pretérito,
de parda vela y el bauprés sangrado,
tu propia barca, donde tú venías,
piloto de ti mismo, timonel de tu barco,
donde venía la Patria recién nacida,
como Moisés entre sus mimbres, por donde Dios quiso llevarlo.
Caracas fue la cuna
y Angostura la eternidad.
Por los montes andaba la Patria sin bautismo,
cuando llegó a los llanos, curva de caminar,
y entre tus aguas se fundió contigo
y fue contigo un solo llanto y un solo rugido tenaz.
Y bajaste con ella. Te cabalgó. Su trenza
era la espiga del escudo y tú eras el caballo sin paz.
Surcaste las tierras crucificadas
y en Angostura le diste tu agua lustral
y seguiste con ella: ¡allá va la República!
y en las bocas se hace veinte patrias más

y se asoma a tus veinte labios
cuando se va acercando al mar
y el mar alza en hostias su mejor espuma
y en las veinte bocas te pone sal.
Padre del Agua, Orinoco de las Siete Estrellas:
cayó en tus aguas mi parábola
como un llanto en el fondo de una mano abierta.
Si el mar te bautiza con la sal del mundo,
Río de la Patria de las Siete Estrellas,
mi Parábola desnuda,
mi llanto manado de una herida nueva,
te caiga en el fondo y a la mar se vaya
y en el mar se espume y suba en la niebla
y en la nube viaje
y en la montaña llueva
y salte en la fuente y a tus aguas torne
y arda en el brasero de tus Siete Estrellas...

Aguas del Orinoco, noviembre de 1927.

Orinoco

ORINOCO

La prueba,
oh mi fuerte Orinoco, te filtró toda el agua.
Tú mismo,
desordenado,
pródigo,
invasor,
subversivo,
venezolano,
tú mismo
llevaste las dragas que te roen el fondo,
como tu propio pico de pelícano.

Te profundizaste,
escupiste el freno de las barras,
te recogiste en tu diseño definitivo.

Un día
te echaste al hombro tus caimanes
y abandonaste lentamente las sabanas.

Tú mismo
te empinaste hacia abajo,
esotérico,
con un hondo respeto de la tierra
y diste a tus mil brazos aptitud atlética
para recibir la crianza del trasatlántico,
para prenderte a las orillas
grandes ciudades que te caen
como tributarios de vida,

para ser el zaguán del mar,
traficado por los gritos de la tierra
que se echa a las calles del mundo.

Denso, populoso,
te caen y se te ahogan
duras palabras engranadas
en todos los idiomas del planeta.

Pero, todavía,
fuerte Orinoco,
todavía eres el Río Indio,
inconfundible,
en el salto,
en la bandada,
en la garza en un pie, que casi vuela
y en tu último caimán
en cuyo bostezo
se refugió toda tu tradición
con silenciosa desembocadura.

Oh mi fuerte Orinoco,
vieja calle bolivariana,
por donde pasó sin rumor
el hombre que te empujó con el remo que lo empujaba!

Oh mi fuerte Orinoco, erizado de flotas!

La prueba
que te filtró las aguas y del lado de ayer
dejó el residuo de sangre y de fiebre
con eficacia final de abono,
la prueba
que te llevó a tu máxima estatura interior,
Orinoco,

gran Río Útil,
primer ciudadano de Venezuela,
tu prueba
nos pasó por tu mismo filtro.

Yo mismo
me vi colar por entre mi conciencia
y me sentí dragado
hasta la raíz de mi carne verdadera.
Aquí estoy, mi río sereno,
como lago que anda,
mi viejo río de las siete estrellas,
aquí estoy.

Mi poema de hace setenta años,
mi viejo poema,
frondoso como tus selvas,
desbordado como tú,
fue talado en la prueba,
filtrado,
dragado,
y regresa a ti
en la pureza de una palabra
que cabe en una mano con holgura de sorbo
y que te cae con el sentido caudaloso
de una gota tributaria,
voz de la lengua que trabaja, canta,
el salado sudor de los trabajadores,
ya desde los raudales, te hace marina el agua!

CANTO DE LOS HIJOS EN MARCHA

Madre, si me matan,
que no venga el hombre de las sillas negras;
que no vengan todos a pasar la noche
rumiando pesares, mientras tú me lloras;
que no esté la sala con los cuatro cirios
y yo en una urna, mirando hacia arriba;
que no estén las mesas llenas de remedios,
que no esté el pañuelo cubriéndome el rostro,
que no venga el mozo con la tarjetera,
ni cuelguen las flores de los candelabros
ni estén mis hermanas llorando en la sala,
ni estés tú sentada, con tu ropa nueva.
Madre, si me matan,
que no venga el hombre de las sillas negras.

Lléname la casa de hombres y mujeres
que cuenten el último amor de su vida;
que ardan en la sala flores impetuosas,
que en dos grandes copas quemem melaleuca,
que toquen violines el sueño de Schumann;
los frascos rebosen de vino y perfumes;
que me miren todos, que se digan todos que tengo una cara de soldado muerto.

Lléname la casa
de flores regaladas, como en una selva.
Déjame en tu cuarto, cerca de tu cama;
con mis cuatro hermanas, hagamos consejo;
tenme de la mano, tenme de los labios,
como aquella noche de mi padre muerto,

y al cabo, dormidos ¡remos quedando,
uno con su muerte y otros con su sueño.

Madre, si me matan,
que no venga el coche para los entierros,
con sus dos caballos gordos y pesados,
como de levita, como del Gobierno.

Que si traen caballos, traigan dos potrillos
finos de cabeza, delgados de remos,
que vayan saltando con claros relinchos,
como si apostaran cuál llega primero.

Que parezca, madre,
que voy a salirme de la caja negra
y a saltar al lomo del mejor caballo
y a volver al fuego.

Madre, si me matan,
que no venga el coche para los entierros.

Madre, si me matan,
y muero en los bosques o en mitad del llano,
pide a los soldados que te den tu muerto;
que los labradores y las labradoras
y tú y mis hermanas, derramando flores,
hasta un pueblo manso se lleven mi cuerpo;
que con unos juncos hagan angarillas,
que pongan mastranto y hojas y cayenas
y que así me lleven hasta un cementerio
con cerca de alambres y enredaderas.

Y cuando pasen los años
tráeme a mi pedazo, junto al padre muerto
y allí, que me pongan donde a ti te pongan,
en tu misma fosa y a tu lado izquierdo.

Madre, si me matan,
pide a los soldados que te den tu muerto.

Madre, si me matan, no me entierres todo,
de la herida abierta sácame una gota,
de la honda melena sácame una trenza;
cuando tengas frío, quémate en mi brasa;
cuando no respires, suelta mi tormenta.
Madre, si me matan, no me entierres todo.

Madre, si me matan,
ábreme la herida, ciérrame los ojos
y tráeme un pobre hombre de algún pobre pueblo
y esa pobre mano por la que me matan,
pónmela en la herida por la que me muero.

Llora en un pañuelo que no tenga encajes;
ponme tu pañuelo
bajo la cabeza, triste todavía
por la despedida del último sueño,
bajo la cabeza como casa sola,
densa de un perfume dé inquilino muerto.

Si vienen mujeres, diles, sin sollozos:
-¡Si hablara, qué lindas cosas te diría!
Ábreme la herida, ciérrame los ojos...

Y una palabra: JUSTICIA escriban sobre la tumba.
Y un domingo, con sol afuera,
vengan la Madre y las Hermanas
y sonrían a la hermosa tumba
con nardos, violetas y helechos de agua
y hombres y mujeres del pueblo cercano
que digan mi nombre como de su casa

y alcen a los cielos cantos de victoria,
Madre, si me matan.

Mayo de 1929.

SONETO DE LA RIMA POBRE

Me das tu pan en tu mano amasado,
me das tu pan en tu fogón cocido,
me das tu pan en tu piedra molido,
me das tu pan en tu pilón pilado.

Me das tu rancho en tu palma arropado,
me das tu lecho en tu rincón sumido,
me das tu sorbo, a tu sed exprimido,
me das tu traje, en tu sudor sudado.

Me das, oh Juan, tu dame de mendigo,
me das, oh Juan, tu toma de pobrero,
tu clara fe, tu oscuro desabrigo,
y yo te doy, por lo que dando espero,
el oscuro esperar con que te sigo
y el claro corazón con que te quiero.

LOS PALABREOS

PALABREOS DE LA ALEGRÍA PERDIDA

Compadre Venancio Laya,
dígame a Juan Pablo Páez
que me mande mi guitarra
y usted mismo me la trae.

Anónimo venezolano.

Más que me carguen de jierro,
más que me roben la hija,
más que solo y sin cobija,
me echen aquí como un perro,
más que me den por encierro
un castillo en una playa, mi corazón no desmaya
si le dejan su alegría,
que no hay mejor compañía,
compadre Venancio Laya.

Me quitaron sin derecho,
compadre, lo que más quiero,
mi alazán refistolero, mi palma de llano y techo;
pero con guitarra y pecho
el recuerdo se distrae,
cuando la pena decae
y la guitarra la enlaza;
eso, si usted tiene raza,
dígame a Juan Pablo Páez.

Asina que usted lo vea

dígale ustedé, compañero,
que eso no lo hace un llanero
sin pretina y con correa;
que aprete más la manea
que mis tobillos amarra,
que robe voz de chicharra,
que robe luz de cocuyo,
pero, si tiene lo suyo,
que me mande mi guitarra.

Y si no hay en el Castillo
guitarra p'al prisionero,
échele un fiao al rancharo
de una vela de a cuartillo;
que el copetico amarillo
le prenda Juan Pablo Páez y si en el patio
le cae la caldereta marina,
póngale la mano asina
y usted mismo me la trae.

PALABREO DE LA LOCA LUZ CARABALLO

Los deditos de tus manos,
los deditos de tus pies:
uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez.

Anónimo.

De Chachopo a Apartadero
caminas, Luz Caraballo,
con violeticas de mayo,
con carneritos de enero;
inviernos del ventisquero,
farallón de los veranos,
con fríos cordilleranos,
con riscos ajetreos,
se te van poniendo feos
los deditos de tus manos.

La cumbre te circunscribe
al solo aliento del nombre,
lo que te queda del hombre
que quien sabe dónde vive;
cinco años que no te escribe,
diez años que no lo ves,
y entre golpes y traspies,
persiguiendo tus ovejos,
se te van poniendo viejos
los deditos de tus pies.

El hambre lleva en sus cachos
algodón de tus corderos,
tu ilusión cuenta sombreros
mientras tú cuentas muchachos;

una hembra y cuatro machos,
subida, bajada y brinco,
y cuando pido tu ahínco
frailejón para olvidarte,
la angustia se te reparte:
uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Tu hija está en un serrallo,
dos hijos se te murieron,
los otros dos se te fueron
detrás de un hombre a caballo.
«La Loca Luz Caraballo»
dice el decreto del Juez,
porque te encontró una vez,
sin hijos y sin carneros,
contandito los luceros:
...seis, siete, ocho, nueve, diez...

PALABREO DE LA RECLUTA

¿Quién le va a secar el llanto,
si pasó la Comisión
y le dejó el corazón
como capilla sin santo?
A.E.B.

Si vino el reclutamiento,
se fue Juan y quedó Juana,
si queda llanto y sabana
por todo acompañamiento;
si una Comisión de viento
prendió el olor de mastranto,
si reclutaron el canto,
si no hay ni nube en el cielo
que le preste su pañuelo,
¿quién le va a secar el llanto?

¿Qué va a haber potro en potrero
ni pareja en el velorio,
ni garza en el dormitorio,
ni vaca en el lamedero?
¿Cómo va a haber becerrero
trenzando leche y canción,
si van casa y galerón
camino de San Fernando,
cómo no va a estar llorando,
si pasó la Comisión?

Mire, se llevó la vaca;
mire, se llevó el te quiero,
se llevó el ay que me muero
de media noche en la hamaca,
se llevó la guacharaca,

la manta de guarnición,
la promesa de varón
en el hijo prometido.
Mire, se llevó el latido
y le dejó el corazón.

Y allí está, sin más testigos
que esperar mañana y tarde
su menos de -Dios lo guarde,
su más de -¡Hasta cuándo amigo!
Becerra del castigo,
trenzando cana y quebranto,
y ha sufrido tanto y tanto
y enterró tanto recuerdo
que tiene el costado izquierdo
como capilla sin santo.

PALABREO DE LA MUERTE DE JOSÉ MARTÍ

Yo pienso cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo
que tiene el ojo tan negro.
José Martí.

Es preferible a pensar
quedarse sin pensamiento,
si el pensar es condimento
de un modo de agonizar;
la alegría es un altar
y en sus oficios integro
al pajarillo ojinegro
con tu palabra de alpiste;
yo no quiero pensar triste,
yo pienso cuando me alegro.

Cuando habla de tiranía,
tu voz, Apóstol y Padre,
carga espina que taladre
tu globo de melodía,
pero, ante el que pase un día
con el alma en cabestrillo,
enfermera y lazarillo,
tu alegre voz se levanta
y el alma retoza y canta
como un escolar sencillo.

Tú de tu Isla tomabas
pesares y alegrías;
y el morir que le ofrecías,
y el vivir que le dejabas;
y el canto con que cantabas

de la palma el estribillo,
del sol caribe el cintillo
en las maniguas agrestes,
dejó rumbitas celestes
en el canario amarillo.

No pensar: llanto estrellado
en el ojo de la Noche;
morir tú, sin el reproche
de no pensar lo soñado;
decir salvando y salvado:
-Tanto sufro, tanto alegre-,
y en el póstumo reintegro llevarte,
en el sueño mismo
la noche del despotismo
que tiene el ojo tan negro.

La Habana, marzo 8 de 1949.

PALABREO DEL MAL QUERER

Si yo te llego a pedir
en prueba de amor un beso,
no te preocupes por eso,
que ése no es mal de morir.

Cuando tú me pidas algo,
ya tú sabes que te doy
lo que valgo y lo que soy,
lo que soy y lo que valgo;
pero cuando yo te salgo
pidiendo un ir o un venir,
un quedarte o un salir,
un beso, un abrazo, nada,
¡cómo me sales cargada
si yo te llego a pedir!

Si en prueba de la verdad,
si en prueba de lo que siento,
si en prueba del sentimiento
y de la cabalidad;
si en prueba de mi lealtad,
en lo claro y en lo espeso,
me estoy quedando en el hueso,
¿por qué tú estás al revés
si te pido que me des
en prueba de amor un beso?

Yo no le encuentro razón
a un modo de proceder
que me paga en desquerer
querer de mi corazón.
Si es por consideración
a la ley que te profeso

que vas aguantando el peso
de estar viviendo conmigo,
vengo a decirte y te digo:
no te preocupes por eso.

Solo, sin lado paterno,
me echó a caminar la vieja,
viví con hambre y sin queja,
solitario y subalterno;
solo me dejó el gobierno
cuando dejé de servir...
Hombres hay..., te puedes ir
por esa puerta a su encuentro...
y déjame el hambre adentro,
que ése no es mal de morir.

PALABREO DE SARA CATÁ

Y eso lo sabe cualquiera:
cuando el pan se pone amargo
o ha llorado el panadero
o el que come está llorando.

Por el ancho de tu mano,
que nos va midiendo sola,
con la medida española
de tu corazón cubano,
por el sol venezolano
que sembraste en tu solera
para que tu vino fuera
de los tristes alegría,
cualquiera te cantaría,
y eso lo sabe cualquiera...

Cuando nos ponen tan lejos,
con traiciones y enredijos,
del más acá de los hijos
y el más allá de los viejos,
vamos a beber reflejos
en el mar de trago largo,
y, al despertar del letargo,
nos da la tierra mambisa
el azúcar de tu risa,
cuando el pan se pone amargo.

La verdad es la verdad,
los ricos le dan al pobre,
por la Caridad del Cobre,
su cobre de caridad;
pero lo tuyo es bondad
de lo grande y lo sincero,

lo tuyo no es el ventero
que no piensa, al dar su vino,
si se ha muerto el campesino
o ha llorado el panadero.

Sara Catá, hermosa y buena,
ojos de amar lo ha mirado,
pelo de ciclón pasmado
sobre la frente serena,
varadero de la pena
de los que penan luchando
si a los que luchan penando
tu pan no quita los males,
o no hay trigo en los trigales
o el que come está llorando.

PÍNTAME ANGELITOS NEGROS

¡Ah, mundo! La Negra Juana,
¡la mano que le pasó!
Se le murió su negrito, sí señor.

-Ay, compadrito del alma,
¡tan sano que estaba el negro!
Yo no le acataba el pliegue,
yo no le miraba el hueso;
como yo me enflaquecía,
lo medía con mi cuerpo,
se me iba poniendo flaco
como yo me iba poniendo.

Se me murió mi negrito;
Dios lo tendría dispuesto;
ya lo tendrá colocao
como angelito del Cielo.

-Desengáñese, comadre,
que no hay angelitos negros.

Pintor de santos de alcoba,
pintor sin tierra en el pecho,
que cuando pintas tus santos
no te acuerdas del pueblo,
que cuando pintas tus Vírgenes
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un ángel negro.

Pintor nacido en mi tierra,
con el pincel extranjero,

pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.
No hay un pintor que pintara
angelitos de mi pueblo.
Yo quiero angelitos blancos
con angelitos morenos.
Ángel de buena familia
no basta para mi cielo.

Si queda un pintor de santos,
si queda un pintor de cielos,
que haga el cielo de mi tierra,
con los tonos de mi pueblo,
con su ángel de perla fina,
con su ángel de medio pelo,
con sus ángeles catires,
con sus ángeles morenos,
con sus angelitos blancos,
con sus angelitos indios,
con sus angelitos negros,
que vayan comiendo mango
por las barriadas del cielo.

Si al cielo voy algún día,
tengo que hallarte en el cielo,
angelitico del diablo,
serafín cucurusero.

Si sabes pintar tu tierra,
así has de pintar tu cielo,
con su sol que tuesta blancos,
con su sol que suda negros,
porque para eso lo tienes

calientito y de los buenos.
Aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.

No hay una iglesia de rumbo,
no hay una iglesia de pueblo,
donde hayan dejado entrar
al cuadro de angelitos negros.

Y entonces, ¿a dónde van
angelitos de mi pueblo,
zamoritos de Guaribe,
torditos de Barlovento?

Pintor que pintas tu tierra,
si quieres pintar tu cielo,
cuando pintas angelitos
acuérdate de tu pueblo;
y al lado del ángel rubio
y junto al ángel trigueño,
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.

LA RENUNCIA

He renunciado a ti. No era posible.
Fueron vapores de la fantasía;
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible
una proximidad de lejanía.

Yo me quedé mirando cómo el río se iba
poniendo encinta de la estrella...
hundí mis manos locas hacia ella
y supe que la estrella estaba arriba...

He renunciado a ti, serenamente,
como renuncia Dios al delincuente;
he renunciado a ti como el mendigo
que no se deja ver del viejo amigo;

como el que ve partir grandes navíos
con rumbo hacia imposibles y ansiados continentes;
como el perro que apaga sus amorosos bríos
cuando hay un perro grande que le enseña los dientes;

como el marino que renuncia al puerto
y el buque errante que renuncia al faro
y como el ciego junto al libro abierto
y el niño pobre ante el juguete caro.

He renunciado a ti, como renuncia
el loco a la palabra que su boca pronuncia;
como esos granujillas otoñales,
con los ojos estáticos y las manos vacías,
que empañan su renuncia, soplando los cristales
en los escaparates de las confiterías...

He renunciado a ti, y a cada instante
renunciamos un poco de lo que antes quisimos
y al final, ¡cuántas veces el anhelo menguante
pide un pedazo de lo que antes fuimos!

Yo voy hacia mi propio nivel. Ya estoy tranquilo.
Cuando renuncie a todo, seré mi propio dueño;
desbaratando encajes regresaré hasta el hilo.
La renuncia es el viaje de regreso del sueño...

LA MUERTE Y EL CABALLERO

Sin méritos aparentes, este poema tiene para mí un valor especial. Del 6 al 13 de mayo de 1929 fui sometido en La Rotunda de Caracas a la tortura del hambre. Incomunicado con reja y «cortina doble», con un par de grillos de 80 libras en los pies, por toda cama el suelo y con hambre de varios días, vi cómo alguien pasaba por debajo de la reja un libro con tipo de breviario. Era la Imitación de Cristo: por algo escrito supe que pertenecía a doña Nieves Villegas de Córdoba, aquella valiente y hermosa señora que con tanta intrepidez combatió la tiranía de Juan Vicente Gómez. Con el libro venía un trocito de lápiz.

Pude leer durante algún tiempo; la debilidad me vencía. En las páginas más blancas del Kempis escribí este poema. Una noche pasé de nuevo el libro a las manos amigas que lo esperaban. No volví a saber ni del libro ni del poema. Muchos años después una copia llegó a mis manos. Lo incluyo en este libro, sin considerar su calidad literaria y atendiendo sólo a lo que fue: reflejo de la resolución, testimonio de la tranquilidad del espíritu en una de las horas más tenebrosas que he vivido.

Oye, hermano, la linda historia
de la Muerte y el Caballero
que le ocurrió al Niño Jesús
cuando era niño carpintero.

Y al oírla piensa en la gloria
de un gran dolor y un gran denuedo
y en cómo el sufrir es el vino
que embriaga a las almas sin miedo.

Sucedió que el Niño Jesús,
cuando era niño carpintero,
regresaba una vez del bosque
trayendo en el hombro un madero.

-Cómo pesa, Madre, este leño.
!Me duelen los hombros ¡ -decía;
y le enjugaba los sudores
la señora Santa María.

San José le dijo: -Has sufrido,
pero te he de hacer un regalo:
con el madero que trajiste
te haré un caballito de palo.

Con el viejo tronco sin vida
hizo un caballo el carpintero
y el leño parecía un arbusto
florecido en el Caballero.

El Niño detuvo su potro
y con serena gracia habló:
-Tú me cabalgaste, madero;
ahora te cabalgo yo.

Pasaron veinte años. Un día
marchaba Jesús al martirio
con una cruz sobre los hombros
-el peñasco encima del lirio.

-¡Cómo pesa, Madre, este leño!-
y Jesucristo sonreía
y con su llanto caminaba
la señora Santa María.

Llegó al Calvario y dijo Cristo:
-Esta es mi cruz y mi regalo;
con el madero que me duele
haré un caballito de palo.

Lo clavaron; quedó sembrado
y desde arriba Cristo habló:
—Tú me cabalgaste, madero,
ahora te cabalgo yo.

Sobre el viejo leño sin vida
quedó el Hijo de Dios clavado
y la cruz parecía un arbusto
florido en el Crucificado,

pero ante el asombro de todos
azuzó Jesús el madero
y galoparon cielo arriba
el caballo y el Caballero.

Hermano: la cruz es la gracia
de Dios en el alma del fuerte.
Pídele un caballo de palo
al Caballero de la Muerte.
Caracas, 10 de mayo de 1929.

LA MAR

Otra vez, compañeros,
cuando creíamos
estar ya para siempre con la tierra,
he aquí que la mar nos ha ganado.
He aquí que nos cambian de prisión
y nos traen al Castillo que está en mitad del agua,
bañado de olas verdes y de humo y de espuma,
y de llamadas de vapores grises
y de bocanadas de movimiento
y de olor de zarpadas lentas y calurosas.
he aquí que aspiramos
buches de zafarrancho y de piratería;
He aquí que los lomos sudan la mala brea
bajo el sol calafate
y las drizas nerviosas
y la arboladura de los brazos
crujen ya al ondear de las melenas
zafadas como estayes en el tumbo del viento.
Henos aquí en la mar,
a bordo del Castillo que ha de levar las anclas
con sus cien hombres que aman la mar,
con sus cien mástiles embanderados de gritos.
Henos aquí, compañeros, esperando la hora en que el Castillo zarpe
y echemos por las bordas el lastre de los grillos
y el gran barco de piedra ponga proa a la costa
y ande sobre los montes como sobre olas verdes,
hasta arriarnos a todos entre las muchedumbres,
entre las muchedumbres combatientes,
entre las muchedumbres ya pagadas,
entre las muchedumbres ya tranquilas,
saciadas de justicia, silenciosas de gesto,
entre las muchedumbres sosegadas de playa,

gravemente amainadas, como la mar de un puerto.
Castillo de Puerto Cabello, Noviembre, 18-1929.

MAR CARIBE

Como para decirlo de rodillas:

¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras!,

¡qué bueno fue nacer en sus riberas!,

¡qué bien sabrá morir en sus orillas!

¡Qué llano azul para sembrar quillas,

qué historia de vigilias costaneras,

qué mar de ayer, para inventar banderas

coloradas, azules y amarillas!

¡Qué bien está decir que el mar es tuyo,

que el mar es mío y que en el mar te arrullo

con arrullo del mar de nuestra infancia!

si hasta llorar con él tiene su encanto;

la barca es suya, de su sal el llanto,

suyo el adiós y suya la distancia.

REGRESO AL MAR

Siempre es el mar donde mejor se quiere,
fue siempre el mar donde mejor te quise;
al amor, como al mar, no hay quien lo alise
ni al mar, como al amor, quien lo modere.
No hay quien como la mar familiarice
ni quien como la ola persevere,
ni el que más diga en lo que vive y muere
nos dice más de lo que el mar nos dice.
Vamos de nuevo al mar; quiero encontrarte
la hora más azul para besarte
y el lugar más allá para quererte,
donde el agua es al par agua y abismo,
en la alta mar, en donde el aire mismo
se da un aire al amor y otro a la muerte.

A UN AÑO DE TU LUZ

ELEGIA A LA MADRE

A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado.

Luna de Cumaná, para encenderte
la lámpara de arrullo que me duerma
y el postigo de voz que me despierte.

Luna en el pan de la colina yerma,
en el río, en el golfo, en la sabana,
pavón lunar de mariposa enferma;

y luna en el cocal, junto a Chiclana,
donde el recuerdo azul de tus amores
se echa a dormir, como una caravana;

Luna para los mapas de colores
que teje la nocturna confianza
rumbo a la calle de Flor de las Flores

y luna que en tus uvas se aquerencia
para la miel de aquellas de tu parra
y el limón de las doce de tu ausencia.

Ancha la casa que el poema narra:
blancas mujeres, de azabache el pelo,
hechas al par de hormiga y de cigarra;

buenas para el bautizo y para el duelo,
parejas en el hambre o en la medra,
del sueño canto y del dolor pañuelo.

Galaica flor en castellana piedra:
vaciada al acueducto segoviano
la ría de candor de Pontevedra.

Así te halló el Esposo y Hortelano,
Doctor para saber cómo se tienta
el pulso al corazón desde la mano.

Así el hogar, Señora y Cenicienta,
nodriza y enfermera en el manejo
y en el combate al sol, lugartenienta.

Así la lucha y la prisión, espejo
de aquella tierra de recluta y canto,
panal del niño y retamal del viejo.

Y tu niño en la flor del camposanto
y el Esposo en el sol de los caminos
y el exilio y el mar: cosas del llanto.

La isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el flanco,
de sal, de sol, de piedra los marinos.

Copia de espuma y ola en el barranco,
de noche y playa, Médico y Cochero,
el coche negro y el caballo blanco.

Y la Virgen del Valle y del vallero,
perla para los buzos hacia arriba,
madre del mar y de su marinero.

La isla, como tú, del mar cautiva,
con eso de la sed y de la vela,
siempre llegando y siempre fugitiva.

Dormir allí, bajo tu cantinela,
soñar domingos de color de playa
en la semana de color de escuela.

Dormir allí, pescado en la atarraya
de tu labor de estambre y mecedora,
mi sueño, entre las dunas de tu saya.

¡Ay, las hermanas de durazno y mora!
¡Ay, mi hermano de amor y de centella!
¡Ay, mi padre de luz y tú de aurora!

¡Ay, el claro querer sin la querella!
Tu pan, tu sol, tus ojos, para el día;
para la noche, kerosén y estrella.

Para la noche de ponerte fría,
cuando oíste subir de tus hinojos
el llanto de mi verso que nacía.

Yo en tus rodillas, en la calle abrojos,
en la acera los dos, y una saeta
mi primer verso fue para tus ojos.

Me alzaste en brazos; trémula y coqueta
fuiste y volviste de la risa al lloro
y empezaste a gritar: -¡Tengo un poeta!

Tú quisiste decir: -Tengo un tesoro,
tengo un ovillo de torzal de plata
y una cocina de fogón de oro...

Así la Isla: calles de piñata,
amor de la muñeca y la gaviota,
cartas de sol con lunas de postdata.

Hasta el día en que el mar, gota por gota,
cayó desde las nubes de tu llanto
hasta los pies de tu muñeca rota;

y otro pedazo tuyo al camposanto:
niña del mar, que te prestó la tierra;
tanto te daba y te quitaba tanto.

Y al mar de nuevo, la balandra en guerra,
y el cabo al tajamar y el santo al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
y el cabo al tajamar y el santo al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
el bronce amado y el verdugo triste
y el silencio del hombre de la calle.

De allí acá, lo que amaste y lo que diste,
pobreza alegre, dignidad del trino,
lo que rinde el canario en el alpiste.

La vida cara y el caudal mezquino,
pero eran molinero y molinera
conformes al moler de su molino.

Pan blanco, traje limpio y clase entera,
nosotros, el jardín, y al riego diario,
mi Padre el agua y tú la jardinera.

El sudor de mi padre... y del armario
sacabas y templabas en tu seno
sus ropas de dormir, de escapulario.

Ignoraste el rencor y el veneno,
tu pañuelo jamás midió el camino
que había entre tu amor y el llanto ajeno.

Eras cuidar el vaso y dar el vino,
como el remanso, cuando da el lucero,
pero se queda con lo cristalino.

De ti la plenitud al mundo entero,
al mundo gris, que te pasaba al lado,
fiel cobrador y amargo cobradero.

Y así hasta el fin. El hijo que ha marchado
llevando de tu voz, en el oído
algo que no ha dormido y ha llorado.

La vuelta del amante malherido
y el trance de tu angustia a su regreso,
buscándole el regreso del olvido.

¡Y esa noche sin Dios que trajo eso!
mi Padre muerto, yo a su cabecera
y tú a sus pies, amortajando el beso.

Siguió tu oficio de sepulturera;
muerto el hermoso hijo en mala muerte
y sembrando algodón tu cabellera.

Presos los hombres de la casa; fuerte
se te hizo el corazón, y asombrada
se asomaba tu angustia para verte.

Una tarde te vi, por la enrejada
ventana del penal, de nieve el pelo,
sin un temblor la cruz de la mirada.

El páramo, un lugar vecino al cielo
y una alcabala allí, donde el espía
desmoronó tu pan de bizcochuelo.

Y tus manos de bruja artesanía
en el punto cabal de la chaqueta
y en esarpines de juguetería.

(Por eso, tejedora en el Poeta,
en la dantesca red de los tercetos
engarzo a ti lazada y cadeneta.)

Y el regreso a los hijos y los nietos,
feliz de tus estancias favoritas
y enredada la lengua de alfabetos;

y la puntualidad de tus visitas
a misa de San Juan, por la mañana,
o a la capilla de las hermanitas.

Morir, morir... La insustituible hermana
al reino de la nube y de la flecha,
luna descalza, huyó por la ventana.

No fue más que otra deuda satisfecha
en el trueque de savias y de flores
que había entre la tumba y tu cosecha.

Tu casa de San Luis de los Dolores
alzó al lacrimatorio de los pinos
la conciencia de ángel de las flores.

Y tú a sus pies; el odio en los caminos
y tú, ofreciendo en el cruzar del fuego
aire de amor a todos los molinos.

Era molerte el alma; el mundo ciego
luchando, y tú, en el centro de la guerra,
sin queja, sin rencor y sin sosiego.

Y al último dolor, tu vida cierra
balance de los hombres de tu entraña:
bajo la tierra, dos, y uno sin tierra.

Al mar de nuevo, a darme en tierra extraña
la valiente mirada que quería
luchar contra la gota en la pestaña.

Después, aquellos hombres de alma fría;
el inhóspito lecho hospitalario;
tu mano tejedora que tejía,

como estaciones de su itinerario,
sobre la tela del cercano cielo,
el encaje final de tu rosario.

Y el regreso al hogar, el negro vuelo:
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba.

Al final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa
la última uva de la noche vieja.

Así fue. Y al morir la Dolorosa
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fue en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir «me muero».

Así fue, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,
la canastilla de los serafines.

Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: -¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa

llenos están los cielos y la tierra.

México, octubre de 1950.

CANTO A LOS HIJOS

PORTICO

Tengo dos hijos, tierra, tengo dos hijos, cielo;
el andar que buscaba para el último paso,
las alas que pedía para el último vuelo;

tengo mis dos pastores, igual que Garcilaso,
para imitar sus quejas cuando le entregue el viento
mis últimos carneros: las nubes del ocaso.

Seis años cuenta ahora mi charro turbulento,
ocho mi niño tácito, mi sabio taciturno;
aquél hice de chispa y éste de pensamiento.

De éste los pies reclaman descansado coturno,
de aquél la fantasía pide para su mano
a Berenice un bucle y un anillo a Saturno.

Son de parto cesáreo -no es parto cesariano;
cesáreo es de cortar y en la matriz el corte-
con la etimología que da Plinio el Anciano.

Del Este al Mediodía y al Poniente y al Norte
los dos son la girándula de amor que regalara
al Girasol orondo Giraluna consorte.

Nuestro amor mira y mira, como si preguntara:
-Y antes de que ellos fueran, ¿qué era lo que era
y qué, además de lágrimas, los ojos de mi cara?

¿Con qué voz caminaba la obligación casera,
con qué pies se bajaba la escalera del sueño,
de qué mano venía la canción costurera?

¡Cómo logró el cariño su doble desempeño,
que al elogiar proclama: -¡Ya me alcanza de alto!
y al defender alega: -¡Pero si es tan pequeño!

Mientras mil hombres quieren disgregar el cobalto,
matar con el uranio, deshacer con el torio,
yo entrego mis dos hijos al mundo en sobresalto.

y digo que es infame y es vil y es proditorio
que en el jacal invente vidas el aldeano
y el sabio asesinatos en el laboratorio;

y digo al estadista miope y presbiteriano
que el que con sangre y muerte llenó su presbiterio
no merece ni un hijo que le bese la mano;

digo al Adicto rojo del nuevo falansterio
que con la luz del día la libertad dialoga
y el bien está en ser libres del odio y del misterio;

y digo al pretoriano que se robó la toga,
que a él y al apóstol que se robó la cena
les crece el mismo cuello para la misma soga;

y digo que mis hijos son un grito que ordena
en el nombre del Padre, de la Madre y del Hijo
respeto al alma propia sobre la carne ajena,

respeto al bien de todos en el pan y el cobijo,
respeto a la plegaria y al credo que la reza
y a la palabra atea y al labio que la dijo.

Mis hijos son el llanto de la Naturaleza,
mis hijos son el modo de protestar la aurora
por el sol traicionado de la vida que empieza.

Son los niños del mundo, todo el que ríe y llora
el derecho a la vida, la dignidad del sueño,
la bondad que anticipa su voz gobernadora;

mis hijos, paz del triste, grandeza del pequeño,

la fe que pide sitio, la voz que pide cancha,
la humanidad que cuelga de sus manos sin mancha
el alma innumerable de la lira sin dueño.

DESPERTAR

Es el alba. Los niños despertarán. ¿Qué hicimos
los hombres con la noche, tan bella como el sueño?
Ayer nomás, el mundo
nos puso entre las manos la suerte de su sombra.
Nos entregó a los hombres
una noche tan dócil como un esclavo niño
y en la sombra sumisa
¿con qué luz alumbramos, con qué sueño escribimos?
Nos dio, para sembrarla,
la sombra de sus pobres, la noche de sus tristes,
su mano sin terrones, su boca sin cartillas,
nos dio su sombra hermosa, como una niña negra,
nos dio su noche bruta como una tierra niña.
Para enseñarle cantos,
para cantarle lumbres,
para alumbrarle letras,
el mundo de los niños y los simples
nos dio la sombra en paz de sus cabezas.
Y nosotros, los dueños de la luz y del grito,
del lucero en la noche y el camino en la tierra
¿qué hicimos con el alma del ser oscurecido?,
¿qué luz y qué palabra,
qué pan, qué tierra dimos
a la noche inocente del niño sin estrellas?

En los seres oscuros como aldeas de noche
y en el agua sin luz de sus postigos,
en la cabeza oscura de los tristes,
¿qué paz, qué amor, qué lámpara encendimos?
¿qué casa, con qué voz que abra la puerta
dejamos en la mano que nos tendió el camino?

En el pueblo, en el monte, calles negras,
rendijas y rendijas
por donde en vez de voces salen quejas,
por donde en vez de luz sale un ¡ay! amarillo
que va temblando, como luz de vela.

Es el alba. Los niños despertarán; ¡ qué pena,
si nos vieran adentro nuestros hijos!

Sumisión, miedo y hambre,
estafa de la voz y estupro del suspiro.

Es el alba. Los niños despertarán, amigos:
¿quién besará sin manchas la frente de la aurora?
¿quién mirará de frente los ojos de los niños?

REGRESO AL DESPERTAR

Buenos días, amigos,
mis pequeños amigos, mis mejores amigos,
mi amistad con las fuerzas de lo puro,
cantemos al postigo que nos tiende
la voz de la luz con que nos habla el mundo,
cantad lo maternal que la mañana
pone en la leche de los desayunos,
saludad al que está en la cruz clavado
y al sol, al santo sol que nos libra del susto.
Bendigamos el agua del baño que os espera
y el pan que sazonomos con sal de mis sudores
y el libro de la Escuela.
Esta tarde, al regreso de la Escuela, hablaremos
de cómo puede el aire con la tierra,
de cómo puede el hambre con los días,
de cómo puede el frío con la piedra,
de cuánto pesa una montaña de oro
y de cómo el dolor puede con ella,
de cuán pesada es la pobreza humana
y de cómo el amor la lleva a cuevas,
de cómo tiene el pescador del río
un pie en el río y otro pie en la estrella.
Y daremos la clase que no se da en la Escuela.
Diremos, como amigos: -¡Conócete a ti mismo!-
a todos los que iremos encontrando.
La respuesta de todos nos la dará la vaca
que bebe en el espejo del pantano
y le pregunta al agua por qué razón del agua
esa vaca del agua se la queda mirando.
Esta tarde hablaremos de la patria
que echa a sus hijos niños y los conoce ancianos.

CLASE

Aquí estamos el hombre, la mujer y los niños
para dar una clase de distancia y presencia,
con un recuerdo que haga llegar el horizonte
hasta las manos, por un mar de alberca,
con una voz de pálido regreso
que se traiga la playa entre las velas,
con un amor de golfo madrugado
que en el playero caracol se tuerza,
con un dar y tomar de niño y patria
sobre una ola azul que vaya y vuelva
el nelumbio de adiós de mis riberas
y un sureste que traiga entre las manos
y una nube de allá como una hamaca
de relevada carga en que se mezan
el canto de mis hijos, cuando vaya,
y el olor de la patria, cuando vuelva.
Ayer la geografía era presente y viva,
ayer sólo la historia era pretérita.
Hoy, ya, para nosotros, geografía es historia,
un recuerdo de un niño que escribía en la arena,
algo de cuna y río, de golfo y cementerio,
una gota de agua sobre una hoja seca,
una balandra que soñó un gran viaje
y envejeció lavándose las velas.

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la misma tierra,
la del pueblo elegido
para llenar de tumbas y de patrias a América,
la de adelante en viajes a Judá o a la Cólquida,
de una vez argonauta y cananea.

Canaán, y sus hijos Israel, escogidos
para andar repartiendo libertad a las tierras:
con las uñas cavaron, con la sangre regaron
los huesos de su siembra
y al fin, de patria a patria
se pasaban la fruta que le faltaba a ella.
Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del Éxodo, la madre de Bolívar
y de Sucre y de Bello y de Urdaneta
y de Gual y de Vargas y del millón de grandes,
más poblada en la gloria que en la tierra,
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
si en la leche, en la sangre o la placenta,
que el hijo vil se le eterniza adentro
y el hijo grande se le muere afuera.
Se van a libertar, por tierra y agua,
a pelear con las armas y las letras
y alguna vez embarcan las miradas
hacia el rincón del mar donde está Ella,
más difícil que un pozo en el desierto,
más bella que un amor en primavera.
Y todo comenzó en Coquivacoa,
el signo de sus hijos y el de Ella:
le encontraron las casas metidas entre el agua
y de allí le quedaron los viajes en las venas.

Pero aquí estamos cerca de los hijos,
para darles la Patria como es buena,
para darles la Patria sin dolor de palabra,
como se dan las patrias, sin mojar sus ojeras,
como se dan los ojos, sin cortarles el día,
como se da la noche, sin cortarle la estrella,
como se da la tierra, sin cortarle los árboles,
como se dan los árboles, sin cortarles la tierra.

Y hablar así, a los hijos, de la Patria lejana,
en una clase clara, con la ventana abierta:
Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela;
amamos a Bolívar como a la vida misma
y al Pueblo de Bolívar más que a la vida entera
y a Venezuela, inalcanzable y pura,
sabemos ir por el «bendita seas».

JUEGO DE CABALLERIA

Vengan el primogénito y el segundón, varones
que ayer corrido hubieran con tan distinta suerte:
al grande, el mayorazgo con sus vinculaciones,
al pequeño, la Iglesia, el mar, la muerte.

Vengan hoy de mis manos
a recibir la herencia y la divisa
que han de hacerlos ¡guales, más que hermanos,
que han de gozar en forma perpetua e indivisa.

Al bien que les deseo
se reducen los bienes todos de la heredad:
lo que apenas tenía, lo que ya no poseo:
Salud y Libertad.

Menguado, en apariencia,
tal deseo de bien por toda herencia;
pero dejo en sus manos mi divisa
que es la mitad de esto con la mitad de aquello:
Para vivir sin pausa, para morir sin prisa,
vivir es desvivirse por lo justo y lo bello.

CUENTO DE SALUD Y LIBERTAD

Salud y Libertad, bienes hermanos
pero de impar dimanación y goce;
la salud es de Dios y buen gobierno,
la libertad, más fuerte que los hombres;
la salud, a la larga, se hace corta
y a lo libre no hay filo que lo corte.
Escuchad este cuento que os inventé hace años,
el del Castillo de los Ruiseñores;
oídllo con el metro de los Himnos,
cantadlo con la voz de las canciones:
Este era un Rey; tenía
un Castillo con torres y torres
y una hija más bella que el campo
cuando encienden la luz de las flores.
Y poblaban estancias y patios
y claustros y torres,
ruiseñores en jaulas de oro,
ruiseñores en jaula de bronce,
y por eso al Castillo llamaban
el Castillo de los Ruiseñores.
Pero un día murió la doncella
y el señor del Castillo encerróse
para siempre en el frío aposento
de la más invernal de las torres.
Y por ser más igual con la Muerte
y poner el silencio a sus órdenes,
ordenó que en sus jaulas doradas
cortaran las lenguas de los ruiseñores.
Y así fue que al llegar al Castillo
sacudía de espanto a los hombres
la visión de los pájaros mudos
sobre el ancho rumor de los bosques.
Y los días pasaban; los días, mudos, como noches,

¡cuando, un día, estalló con el alba,
la sorpresa de un canto en las torres!
En tropel recorrieron las jaulas
los callados guardianes del orden
para ver quién rompía el silencio
y arrancar con la lengua las voces.
Pero en vano buscaron prenderle,
porque huía de todos los hombres,
porque aquél era pájaro libre,
conspirador del cielo,
agitador de sus alas veloces,
un fugaz ruiseñor de los campos
con canto de flecha mojada en los bosques
y a su grito, la voz de los libres
entró en el castillo de los Ruiseñores.

CONFESIÓN

Más vale que os confiese de la mejor manera
lo que, quién sabe cómo, va a contaros cualquiera;
sabed que soy poeta, hijos míos, un hombre
que nombra y que camina, sin camino y sin nombre.
Yo soy lo que ha dejado el pirata en la playa,
nada en el horizonte, un punto en una raya:
yo soy lo que ha quedado del saqueo en la vida:
la puerta de la casa de la llave perdida.
Soy la hoja quemada que el incendio nos deja
y en la primera brisa danza un poco y se aleja;
soy la amargura anónima de las almas sin dueño
que vivieron de un canto, de un dolor y de un sueño.
Soy el amo del humo que se queda en la casa
diciendo adiós al fuego del batallón que pasa.

Soy el poeta, hijos, casi nada en la vida,
lo que abrasa en la sed, lo que duele en la herida,
lo que quiere elevarse después de la matanza,
con un ala hacia el suelo y otra hacia la Esperanza,
lo que muere en la guerra y expira en los despojos
y un poco de esa gota que tiembla en vuestros ojos.

LOS HIJOS INFINITOS

Cuando se tiene un hijo,
se tiene al hijo de la casa y al de la calle entera,
se tiene al que cabalga en el cuadril de la mendiga
y al del coche que empuja la institutriz inglesa
y al niño gringo que carga la criolla
y al niño blanco que carga la negra
y al niño indio que carga la india
y al niño negro que carga la tierra.

Cuando se tiene un hijo, se tienen tantos niños
que la calle se llena
y la plaza y el puente
y el mercado y la iglesia
y es nuestro cualquier niño cuando cruza la calle
y el coche atropella
y cuando se asoma al balcón
y cuando se arrima a la alberca;
y cuando un niño grita, no sabemos
si lo nuestro es el grito o es el niño,
y si le sangran y se queja,
por el momento no sabríamos
si el ¡ay! es suyo o si la sangre nuestra.

Cuando se tiene un hijo, es nuestro el niño
que acompaña a la ciega
y las Meninas y la misma enana
y el Príncipe de Francia y su Princesa
y el que tiene San Antonio en los brazos
y el que tiene la Coromoto en las piernas.
Cuando se tiene un hijo, toda risa nos cala,
todo llanto nos crispa, venga de donde venga.
Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro
y el corazón afuera.

Y cuando se tienen dos hijos
se tienen todos los hijos de la tierra,
los millones de hijos con que las tierras lloran.
con que las madres ríen, con que los mundos sueñan,
los que Paul Fort quería con las manos unidas
para que el mundo fuera la canción de una rueda,
los que el Hombre de Estado, que tiene un lindo niño
quiere con Dios adentro y las tripas afuera,
los que escaparon de Herodes para caer en Hiroshima
entreabiertos los ojos, como los niños de la guerra,
porque basta para que salga toda la luz de un niño
una rendija china o una mirada japonesa.

Cuando se tienen dos hijos
se tiene todo el miedo del planeta
todo el miedo a los hombres luminosos
que quieren asesinar la luz y arriar las velas
y ensangrentar las pelotas de goma
y zambullir en llanto los ferrocarriles de cuerda.

Cuando se tienen dos hijos
se tiene la alegría y el ¡ay! del mundo en dos cabezas,
toda la angustia y toda la esperanza,
la luz y el llanto, a ver cuál es el que nos llega,
si el modo de llorar del universo
o el modo de alumbrar de las estrellas.

COLOQUIO BAJO LA ACACIA

Y cuando se tienen todos los hijos de la tierra
se tiene un hijo, un solo hijo, la plenitud del hijo,
se tiene un hijo en dos o en mil o en uno
y se dice «hijos míos» o «hijo mío»,
Hijo, en función de toda la soledad del mundo,
Niño a la vez y humanidad del Niño;
mi niño en dos, mi niño solitario
como la muchedumbre de los hijos,
la humanidad de hoy, en una cesta y en la mitad del Nilo.
Hijo mío, que eres
mis dos hijos, a un tiempo con el hijo infinito,
igual que en el encaje del Misterio
el Hijo es uno con el Santo Espíritu
y en Ellos y en El están enteros
los irredentos y los redimidos.

En tus dos corazones, como si fueran uno,
de este modo te amo, hijo mío, hijos míos,
inseparables e innumerables,
uno en los dos y en ellos el Universo niño.
Y amo a la tierra y quiero una tierra inocente
para que la vivan mis hijos;
quiero un mundo en los brazos de una siesta de paz,
para que lo arrullen mis hijos,
un mar estremecido de amantes travesías,
para que lo surquen mis hijos,
un bosque acribillado de veredas de amor,
para que se internen mis hijos,
una montaña alta, como una idea pura,
para que piensen mis hijos,
el aire puro y pura la palabra del agua,
para que canten mis hijos,
la humanidad y la naturaleza

puras, como mis hijos.

Hijo mío, te quiero
como quisiera al mundo en que he sufrido:
bajo el sol de la paz y la justicia
el hombre del amor y del principio;
un planeta que cuelgue como fruta del cielo
y se lleve como el Niño Jesús lo lleva, tan tranquilo,
porque sabe que en ese que él sostiene en su mano,
el blanco quiere al negro y ama al chino.
Sobre un planeta justo, un hombre justiciero,
sobre un seno, un pezón de leche y de cariño,
todo un planeta y más, casi una estrella,
y un hombre, todo un hombre, casi un niño.

Así te amo, en esa forma os amo,
hijo mío, hijos míos,
pero no sé si estará bien que venga
poniendo condiciones al destino;
yo os quiero como sois; quizá más tarde os quiera
como queráis vosotros mismos;
por hoy, es suficiente con teneros al lado,
porque si no os tuviera al lado mío,
ya no sería más que una voz en la calle,
pregón de adiós de un vendedor de olvidos.

COLOQUIO BAJO LA PALMA

Lo que hay que ser es mejor
y no decir que se es bueno
ni que se es malo,
lo que hay que hacer es amar
lo libre en el ser humano,
lo que hay que hacer es saber,
alumbrarse ojos y manos
y corazón y cabeza
y después, ir alumbrando.

Lo que hay que hacer es dar más
sin decir lo que se ha dado,
lo que hay que dar es un modo
de no tener demasiado
y un modo de que otros tengan
su modo de tener algo,
trabajo es lo que hay que dar
y su valor al trabajo
y al que trabaja en la fábrica
y al que trabaja en el campo,
y al que trabaja en la mina
y al que trabaja en el barco,
lo que hay que darles es todo,
luz y sangre, voz y manos,
y la paz y la alegría
que han de tener aquí abajo,
que para las de allá arriba,
no hay por qué apurarse tanto,
si ha de ser disposición
de Dios para el hombre honrado
darle tierra al darlo a luz,
darle luz al enterrarlo.

Por eso quiero, hijo mío,
que te des a tus hermanos,
que para su bien pelees
y nunca te estés aislado;
bruto y amado del mundo
te prefiero a solo y sabio.

A Dios que me dé tormentos,
a Dios que me dé quebrantos,
pero que no me
dé un hijo de corazón solitario.

INVITACIÓN

Te quiero viajero largo,
de profundo navegar,
viajero de todo el campo,
viajero de todo el mar,
que no te alcancen las olas
para tu sed de viajar.

COLOQUIO BAJO EL LAUREL

Quiero que me cultives, hijo mío,
en tu modo de estar con el Recuerdo,
no para recordar lo que yo hice,
sino para ir haciendo.

Que las cosas que hagas lleven todas
tu estampa, tu manera y tu momento.

Y cultiva mi amor con tu conducta
y riega mi laurel con tus ejemplos.
Viviendo estás los años más sucios de la Historia,
pero si sobrevives, será tu tiempo el tiempo
de la bondad triunfante, de la justicia erguida,
donde la voz alcance la libertad del sueño;
para entonces, quisiera que fueras bueno y grande,
que tu conciencia fuera, no de un hombre, de un pueblo,
pero que tu grandeza fuera la cosa tuya
y tu bondad la cosa tuya y de mi recuerdo.
Tú eres el hombre, hijo, de la hora esperada,
pero, si has de creerme, la bondad es lo cierto,
y para poseerla, precisa ser valientes;
la bondad es lo dulce del valor y el respeto.
Si alguien te pide tu sabiduría,
dásela, aunque se niegue a creer en tu credo;
si alguien te pide un pedazo de pan,
dáselo y no preguntes bajo qué tienda va a comerlo;
si alguien te pide tu amistad,
dásela, aunque no piense como tu pensamiento:
si alguien te pide agua
dásela y no preguntes si va a regar su huerto,
si va a calmar su sed, si va a lavar sus manos,
si va a ponerla en tierra para hacer un espejo.
Para el bueno, la idea tiene el ancho del mundo
y un pan es del tamaño del hambre del hambriento.

Como si fueras de cristal,
realízate por dentro,
Como si un mundo de miradas te estuviera mirando,
como si el pueblo tuyo te tuviera de espejo
para que se peinaran sus hijos
la conciencia mirándote el corazón entero.
¡Ay, la Patria y sus niños! mientras hablo, hijo mío,
quiero besar a un niño de mi pueblo,
con el sol de mi tierra entre sus ojos
y el amor de mi madre entre mi beso.

La Verdad, sólo Ella en tu conducta,
tan sólo la Verdad en tu cerebro,
pero que al corazón le quede algo
de las dulces mentiras que te enseñó:
que en el profundo bosque son verdades
las fábulas del tigre y el conejo;
que el mundo tiene un pájaro que habla,
un agua de oro, el canto de un madero
y un corazón que marcha, sin mirar hacia atrás,
hasta llegar a ellos;
que ha de volver, sobre el caballo flaco,
con Sancho al lado, el hondo caballero;
que el día es del trabajo y del amor la noche,
que no hay casa sin pan, que el hombre es bueno,
que el pez navega por lo azul del agua
y el ave vuela por amor al viento.

COLOQUIO BAJO EL OLIVO

Por mí, la flor en las bardas
y la rosa de Martí,
por mí combate en la altura
y en la palabra civil;
para mí no hay negro esclavo,
para mí no hay indio vil,
por mí no hay perro judío
ni hay español gachupín,
el bravo ataca el sistema
y respeta al paladín,
el Cid abre herida nueva,
no pega en la cicatriz
y es pura la niña mora
como las hijas del Cid.

Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin
y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.

COLOQUIO BAJO EL CIPRES

Y ahora, en el crepúsculo, es la hora
de mirarnos las caras
con poco hablar y con decirlo todo,
seis ojos y tres ánimas,
la confluencia de todo en el silencio,
mi ser que se convoca, como el agua en el agua,
en un solo mirar mi turno entero,
mi vida entre mis tardes y tus albas,
porque es bueno pensar que cualquier día,
quizá muy pronto, sea para el ciprés mi alma
y en una tarde de las tardes mías
o en un amanecer de tus mañanas,
te apartes una gota de otra gota
para que entre en tus ojos mi última mirada.
Por eso, en este ocaso, ya es la hora
de entregarte mi lámpara,
ya nos llegó el momento
de que tu mano encienda la luz que me apaga.
Mi luz, mi pobre luz a ti confío,
farol en tu pasillo, veladora en tu cama;
no digas que es linterna para encontrar a un Hombre
sino luz de sereno que ayude a los que pasan.
En las noches sin luna, cuélgala en el camino,
en las de tempestad ponía en la playa,
haz de mi luz un hecho que ilumine tu mano y de tu mano
un hecho de tierra iluminada.

Y así como te doy el cuidado de mi luz
y así como te pido cultivarla,
como te doy mi luz, te doy mi sombra,
sólo para tu amor y tu esperanza;
también la sombra puede cultivarse
si se le da la vecindad del alma;

como se siembra un árbol en la tierra
puede sembrarse un sueño en la almohada.

Si hasta mi misma luz llega a faltarte,
mi sombra estará siempre detrás de tus pisadas.

Más que mi luz, tuya
mi sombra acostada,
no hay quien te la quite,
sombra no se apaga,
tuya para siempre;
hijo de mi alma,
la sombra es lo único
que no arrastra el agua.

SE VAN EL CANTO Y EL SUEÑO

Canté a los dos como si fueran uno.
Ya están durmiendo; en el ciprés mitigo
la lumbre del lucero inoportuno;
ya el Canto ni lo canto ni lo digo,
y apenas flota sobre los durmientes,
la flor con ellos, la raíz conmigo;

ya el Canto es globo en las dormidas frentes
se vuelve azul, de celestial beleño,
chupándose los sueños transparentes;

ya se va el Canto y con el Canto el Sueño,
ya sube a la región maravillosa
del mago de la alfombra y Clavileño;

mañana es el entierro de la rosa,
pero esta noche llorarán por ella
en el velorio de la mariposa.

Ya se fue el Canto; ya es mi voz aquella
punta de luz que se me desvanece,
como si se fugara de la estrella.

La madre canta; en la canción se mece
la rama seca de lo que agoniza
con el retoño de lo que amanece;

ellos y yo, su brasa en mi ceniza,
canción de madre que ennoblece el Canto,
sueño de niño, que lo canoniza.

Y así los cuatro en el coloquio santo
con la esperanza sobre la almohada,
detrás del sueño y más allá del llanto,

y allá por fin, la humanidad lograda
detrás del bosque de sus crucifijos,
recibiendo en el hambre y la mirada
la luz y el pan que le darán mis hijos.

Cuernavaca, México, octubre 1954.

Entre los muchos e importantes discursos pronunciados en el Congreso de la República por el Dr. Andrés Eloy Blanco, este SEMBLANZA destaca el referente a la igualdad de derechos para la mujer (mayo de 1943), calificándolo de sobresaliente, tanto por su profundidad en el análisis del tema, como por su fundamentación documental y la fuerza convincente de sus aseveraciones.

Se considera que la defensa de la mujer como ser pensante, hecha en ese entonces por Andrés Eloy, constituye una de las piezas de mayor valor en la historia de la lucha contra la discriminación de la mujer, librada durante años en Venezuela.

El Andrés Eloy Blanco adversario de toda injusticia, se muestra de cuerpo entero en las intervenciones que de seguidas se incluyen en honor a su exquisita sensibilidad humana.

VOTO FEMENINO

INFORME DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE RELACIONES INTERIORES ACERCA DEL VOTO FEMENINO

SESIÓN DEL DÍA 19 DE MAYO DE 1943

(Cámara de Diputados)

Un grupo de damas venezolanas se había dirigido a la Cámara de Diputados solicitando una reforma de la Constitución por la cual se les reconociera a las mujeres de Venezuela el derecho de sufragio. Esa solicitud fue pasada a una Comisión Especial para que la estudiase y rindiere informe. El Informe fue presentado en la sesión de este día, y el Diputado Pineda León tomó la palabra para apoyar, mediante expresiones que eludían el tema concreto planteado por las mujeres de Venezuela, el argumento evasivo de los miembros de la Comisión. Enseguida tomó la palabra el Diputado Blanco.

DIPUTADO BLANCO (ANDRES ELOY).- Pido la palabra (Concedida).- Ciudadanos Diputados: El Informe rendido por la Comisión de Relaciones Interiores, si bien satisface en espíritu el deseo expresado por las mujeres venezolanas, no me parece lo suficientemente definido para la esperanza de esas mismas mujeres. Cuando empecé a leer el Informe creí que terminaría con una proposición más concreta; pero después, al terminar, se expresa lo que luego el honorable Diputado doctor Pineda León ha expresado en forma más clara, esto es, que hay que dejar madurar la reforma antes de realizar la reforma misma en el texto del Pacto Constitucional. Yo debo manifestar que tanto esta reforma como otras no sólo están maduras, sino que ya están cayendo de la mata del ansia popular. No voy a hacer aquí una exégesis completa de la doctrina y de la historia con respecto al sufragio y a la condición de la mujer.

Voy a formular una proposición, pero suplico a los honorables colegas me perdonen si antes hago una exposición de ideas con respecto a esta materia de apasionante interés para las nuevas democracias de América. No voy a hacer la historia de la mujer desde la hora matriarcal hasta hoy, por el largo camino de servidumbre que ella ha seguido y que es una vergüenza del varón. Prefiero enfocar la posición que la mujer ha tenido y tiene en el cuadro de formación

de la conciencia americana. Bien conocido de todos es la lucha de la mujer por ocupar un puesto mejor en el seno de la humanidad, de la que ella es la mitad necesaria. También son bien conocidos los caudales de literatura jurídica y social que se han derramado en contra de las pretensiones de la mujer. Todos ellos en el aspecto científico pueden resumirse en el movimiento casi mujerófono iniciado al calor de los sicólogos experimentales de Alemania. La sicología experimental, a la que por otra parte debe tantos progresos la ciencia humana, tenía mucho paño que cortar para servir de pasto a las doctrinas actuales que está padeciendo el mundo. Una de estas materias furiosamente tratadas por los sicólogos alemanes es el problema de la inferioridad de la mujer. Llegaron ellos a decir que la capacidad de sacrificio de la mujer no era precisamente una prueba de su mejor aptitud moral, sino simplemente que la moral de la mujer no era más que el resultado de la debilidad de sus instintos contrarios, porque siendo más fuerte los instintos del hombre, podían oponer sus instintos buenos los hombres a sus instintos malos. Esta tesis de los filósofos alemanes se encargaron ellos mismos de contradecirla al declarar después que la diferencia de concepción de pensamiento entre el hombre y la mujer era que el pensamiento del hombre seguido de la acción, de la voluntad o del deseo, eran hijos de la reflexión; mientras que el pensamiento o la acción misma de la mujer eran hijos del instinto, con lo cual destruían la teoría de la mayor fuerza del instinto masculino. Decían que la aptitud de la mujer para el sacrificio provenía de la poca aptitud de ella para pensar, porque ellos la veían sana y tonta. Y preguntaban con un gran candor, ¿tiene el cordero aptitud para el sacrificio? Y yo voy a repetir los argumentos conque ellos mismos los abrumaron. No tiene el cordero aptitud para el sacrificio, pero también está escaso de aptitud para sacrificio el hombre. ¿Qué diferencia hay entre el cordero y el recluta? ¿Qué diferencia hay entre el animal a quien llevan al sacrificio o la mujer a quien hacen sacrificarse y el hombre a quien arrastran contra su voluntad a cumplir un acto contrario hasta a su propia vida? Llegaron a negarle a la mujer hasta su aptitud para la cocina, porque eran los hombres los que preparaban la receta.

Ahora, bien, toda esta doctrina derramada alrededor del tema, y así esbozada por mí, pasó a América en los corifeos de la sicología experimental. La situación de América es la que debemos contemplar con mayor diafanidad.

Existe una diferencia que yo he hecho notar varias veces entre el descubrimiento y colonización del Norte de América, y el descubrimiento y colonización del Sur. En el proceso de realización de un mundo nuevo la verdadera idea de mundo estaba quizás, o en apariencia, más en los pioneros y exploradores del Norte que en los conquistadores del Sur. Y yo he creído encontrar que una de las más poderosas razones del mayor éxito de la colonización septentrional estriba en que el hombre explorador de la Nueva Inglaterra y de la Nueva Escocia trajeron sus mujeres. El hombre de España, con pocas excepciones, venía a América, no con su hogar, sino con su espada y con su deseo de buscar. América del Sur no era más que una cosa por donde se caminaba para buscar El Dorado. En la América del Norte cuando llegaron los Misioneros del “May Flower”, cuando llegaron los peregrinos de un mundo del que ellos estaban descontentos, iban hacia la búsqueda no sólo de un mundo físico, sino de un nuevo mundo espiritual, más conforme al deseo de las almas. Huían ellos de los mayorazgos, huían ellos de los privilegios; pero traían sus mujeres. En la playa plantaban una casa; salían los exploradores pero sabían que en la playa los estaban esperando; el hombre inglés se trasladaba con sus mujeres. El hombre del Sur llegaba a la playa y echaba tierra adentro. Por eso se disgregaron. Cuando todavía no había sido colonizada la costa ya estaban poniendo piedras para construir las ciudades de las llanuras internas. Esa falta de fijación en el hombre del Sur y esa fijación previa de un litoral del cual partía la penetración en el hombre del Norte, trajo enormes consecuencias. Una de ellas es que el hombre del Sur se empeñó en plantar una fortaleza. Cuando hacían una ciudad la hacían para defenderse de los indios, de los holandeses o de sus propios compañeros. En cambio, el hombre del Norte, en virtud de la operación de la mujer, no establecía una fortaleza, sino un estado de relación humana.

Pero el viejo material medioeval se había trasladado a América en cualquier forma: en el Norte y en el Sur. La mujer, indudablemente, en la Edad Media estuvo en una condición mejor de igualdad que en el Siglo XIX. La verdadera servidumbre de la mujer civilizada viene precisamente del derrumbamiento del sistema doméstico y del advenimiento de la revolución industrial. Todavía en la mujer que se trasladaba a América había algo de aquel sentido quirritario del hogar, de la familia, que mi viejo profesor en Derecho Romano expresaba,

diciendo que iba desde la manus, que era la compra de una mujer, hasta la institución total que era la venta disimulada de un hombre. Todavía había algo de aquel sentido quirritario romano en el hombre que vino a América, en el Norte o en el Sur.

Pero el movimiento de emancipación fue coetáneo de los grandes movimientos del sentimiento humano. Así fue coetáneo en Estados Unidos del movimiento antiesclavista. Y precisamente porque en 1840, más o menos, se les negó a las mujeres norteamericanas la concurrencia a una conferencia antiesclavista mundial que se reunía en Londres, comenzó en Estados Unidos el movimiento de emancipación femenino. Isabel Stantow y Lucrecia Mott y una legión de mujeres ilustres empuñaron la bandera de esa reivindicación. Contaron con las simpatías de los antiesclavistas. Para 1848 se celebraba ya en “Séneca Falls” la Primera Convención para los derechos de la mujer. En 1948, para entonces aquí los hombres fusilaban los Congresos.

Vino el movimiento entre burlas y rechiflas. Una mujer, la señorita Jeanne Bloomer, queriendo uniformar un poco el movimiento inventó unos pantalones bombachos y salió a la calle vestida de hombre. La rechiflaron; luego aquel símbolo cayó, pero quedó el nombre: quedaron llamándose, “bloomer” aquellos pantalones. Pero las mujeres de Estados Unidos comprendieron que no siempre dentro de los pantalones hay hombre; que el hábito no hace al monje, y los pantalones de la señorita Bloomer fueron ocultándose detrás de la nube de las faldas; fueron viéndose cada día más pequeños y así como un día hicieron reír por lo grandes, ahora siguen haciendo suspirar por lo pequeños. (Risas y aplausos).

Pero lo más grave, honorables colegas, de todas las críticas que hemos hallado contra la mujer o contra el movimiento femenino de la sicología experimental alemana, lo más grave es esta aseveración de uno de los más ilustres filósofos de aquella escuela: que si no existieran sino mujeres el mundo permanecería estacionario; si no existieran hombres el mundo permanecería estacionario. Ellos quieren decir lo siguiente: que la mujer es conservadora; que la mujer no tiene ideas propias; que la mujer siempre está diciendo: “así dicen”, “eso dice la gente”, y se sigue por lo que dice la gente. De manera que por su índole conservadora no son capaces de hacer progresar nada, de hacer implantar

ninguna nueva idea; pero es candoroso pensar que un filósofo alemán pueda decir: que si sólo existieran las mujeres el mundo permanecería estacionario. Yo le respondería a ese filósofo: que si en el mundo no existieran sino los hombres no sé cómo no iba a permanecer estacionario el mundo, porque sería un mundo de ancianos. (Aplausos). Y la consecuencia de todo esto la estamos palpando ahora, y más grave aún que los predicados, es el corolario mismo. La lucha contra la emancipación de la mujer fundándose en caracteres somáticos, en medidas de circunvoluciones cerebrales, en peso de las vísceras, etc., traía por consecuencia la sicología diferencial de los sexos; ésta debía traer después la sicología diferencial de las razas, esto es, el fundamento, la piedra angular de las doctrinas nazi- fascistas. Es esa misma filosofía alemana la que inspiró la doctrina de la selección de los seres, de las razas perfectas y de los hombres superiores.

Ahora digo yo: ¿será verdad que porque un ser tiene una circunvolución más pequeña que otro, será inferior a él? ¿Será verdad que el lóbulo temporal de la mujer es más pequeño que el lóbulo temporal del hombre y que por eso la mujer es más bruta que el hombre? ¿Será el lóbulo temporal de Gabriela Mistral más pequeño que el lóbulo temporal de Eloy Tarazona? (Risas). Y si es así, yo estoy seguro de que si el lóbulo temporal de Eloy Tarazona es mucho más grande que el lóbulo temporal de Gabriela Mistral, dentro de la grandeza del lóbulo temporal de Eloy Tarazona no cabe ni una gota del torrente de luz milagrosa que hay en el lóbulo temporal de Gabriela. (Aplausos).

La verdad, señores es que la condición inferior de la mujer depende simplemente de su servidumbre, de que ha tenido menos oportunidad para prepararse; de que el hombre, al advenimiento de la revolución industrial y mucho más al advenimiento del sistema capitalista, el hombre se quedó trabajando y ganando el dinero, desplazando a la mujer de los trabajos productivos para que ella le sirviera, como dice un tratadista, de percha, para que ella luciera en sus trajes, en sus joyas, en sus peinados, los trofeos de la hazaña masculina.

Pero el movimiento de Estados Unidos fue triunfal. Para 1878 se hizo por primera vez la proposición de la reforma. Y se aprobaba la Enmienda 19, o

sea, la Enmienda Susana Anthony, el nombre de una gran batalladora norteamericana. Mientras esto hacían allá, nosotros continuábamos fabricando nuestras fortalezas; nosotros Continuábamos fabricando una Patria hecha con codicia de ella; una Patria sembrada para comérsela; una Patria que algunos venezolanos iban poniendo gorda, como se engorda una gallina.

Pero no habíamos estado haciendo un sentido de Patria paralelo a un sentido de casa. Mientras los hombres le negaban en muchos países el derecho a la mujer de elegirlos como funcionarios, seguían luchando con ellas para que los eligieran para su corazón. Se dejaban elegir para la casa; pero es que no tenían de la Patria el concepto de casa que debían tener, que si no, le hubieran pedido a ella colaboración en la casa grande como en la casa pequeña.

Se dice que la función exclusiva o fundamental de la mujer es la maternidad. Yo estoy perfectamente de acuerdo con esto, pero no basta tener un hijo y criarlo, no basta tampoco cuidarlo. ¿Qué va a hacer una pobre mujer con cuidar un hijo y levantarlo y cuando el niño empieza ya a asomar azules en el bozo, llega un hombre y se lo lleva, ¿Qué va a hacer una mujer con hacer un hombrecito, si detrás del hombrecito va a venir la mano de un hombre a arrebatárselo? ¿Por qué no le dejamos a la mujer no sólo el derecho de tener el hijo, de cuidarlo, de levantarlo, sino también el de defenderlo en la mesa en que se debaten los negocios públicos? ¿No habría menos revoluciones, no habría menos guerra, no habría menos desmoronamiento del material humano venezolano, si la mujer venezolana hubiera podido defender a su hijo de las guerras injustas que ha padecido esta tierra? (Aplausos).

En un pueblo del interior de la República una mujer candorosa, inocente, ignorante, una pobre campesina, tuvo un hijo, y allá fue el señor Jefe Civil, entre otros amigos, a felicitarla. Era en una época muy inquieta y el Jefe Civil se creyó en la obligación de decirle a la joven madre: Señora: ya tiene usted un soldado para la Patria. Y la señora le contestó: Coronel: no me lo reclute todavía, que está muy chico. (Risas y aplausos).

Voy a ahorrarles a ustedes, compañeros, el recuento de nuestra mujer en las luchas de emancipación; también en las conciencias de muchos de los que me escuchan está la mano protectora de aquella mujer en la lucha final por la incorporación venezolana. En la memoria de todos ustedes está aquella mujer

que circulaba de noche por las calles de Caracas, escondiendo un preso, quitándole un bocado de crueldad a los hombres. En la conciencia de ustedes está aquella mujer que compraba a un guardián para que los presos de la Rotunda y del Castillo enviaran a la casa unos papelitos minúsculos. También está en la conciencia de todos ustedes, cómo afrontaban ellas las iras de las jenízaros, en los zaguanes de los poderosos; la encubridora de los presos venezolanos; la protectora del revolucionario escondido; la mujer que le dio el frente al gomecismo con la virtud única y exclusiva de su fe en Venezuela, ha sido y es una servidora eminente de la República. (Aplausos). Y saliendo de Venezuela, el panorama actual del mundo nos presenta a la mujer en el primer plano del proscenio; la victoria está en las manos de las trabajadoras rusas, de las trabajadoras Inglesas; de las trabajadoras norteamericanas; allí, en los talleres, con sus manos que dan vida, están preparando ellas espantosos instrumentos de muerte; y son enfermeras, y son soldados en la lucha por la victoria de la democracia, y está allí la victoria, en los ojos anchos de las mujeres de Occidente, y cuando asoma su figura dulce la Generala Chiang-Kai-Chek, la victoria está también en la luz de su pupila Incierta conque le deja apenas en el alma al ojo chino una rendija abierta. (Aplausos).

La situación del mundo en lucha es una advertencia. El sufragio de la mujer debe llegar antes que la paz. El sufragio y otras conquistas, como muy bien dice el Informe de la Comisión. La paz ha de ser una paz de los pueblos; ha de ser una hora de reparaciones; una de esas reparaciones se la debemos a la mujer; cada día ella nos muestra su superación; como tipo de asociación ha demostrado en Venezuela en muchos aspectos, superioridad sobre el hombre; vamos a un ejemplo; aquí en Venezuela se funda un club, un club de hombres; un club fastuoso; un club rico; en ese club hay un gran bar; se hacen deportes; pero acaso con una o dos excepciones, no hay bibliotecas en los clubes de Caracas. En cuanto una mujer se reúne con otra para formar un club, en lo primero que piensan es en la biblioteca.

Los hombres solos, honorables colegas, no hemos podido realizar a Venezuela: somos muy pocos; sumando a las mujeres, todavía somos una pequeña Nación; enmendemos el error de la Conquista; el del hombre que no colaboró con su esposa; hagámoslo siquiera como un efecto fecundo del remordimiento; hagámoslo para resarcirla de la parte cruel que le asignamos a

ella en la implantación de un sistema de crueldad; hagámoslo por el hijo y por el hermano de la mujer de Venezuela, a quien los hombres de Venezuela se los tiramos boca, arriba en una sábana detrás de una falsa bandera; hagámoslo por la vela de sombra en que la mujer de Venezuela esperó al hombre de Venezuela, que se iba arrastrado por un caballo escuálido, jineteado de mentira, de abandono y de muerte; hagámoslo como una obra de remordimiento; porque nosotros solos, lo repito, no supimos redondearla; no supimos redondear la conciencia venezolana.

Vamos a compartir con ellas el mundo, que de las manos de la guerra va a salir transido, necesitado de misericordia; a aquella frase doméstica con que bautizamos a la mujer: la media naranja, vamos a darle su verdadero sentido; vamos a trasladarla al ambiente cristalino de la clase de geografía: la media naranja no es la mujer: la tierra tiene forma de naranja: y a ella, a la mujer, le hemos dejado la mitad más amarga de la naranja; vamos a repartir con justicia el jugo de la naranja; aun cuando el poeta diga que juntando lo dulce con lo amargo, todo resulta amargo: que no se quede este Proyecto de reforma, honorables colegas, en la vitrina de los recuerdos sentimentales del

Parlamento venezolano. Al redondear un proyecto de enmienda, se logrará también la justa redondez de que he hablado, de la conciencia nacional. Esto he venido a decirlo en mi nombre y en nombre de Acción Democrática. Por eso quiero decir aquí lo que ya es un lema grato al corazón de mis copartidarios, ¡como el rostro de Jesús en el lienzo de la Verónica, así lleva a mi partido estampado en sus banderas el rostro de la mujer venezolana!

Por eso, honorables Diputados, yo vengo a formular aquí una proposición: “Que la Cámara de Diputados, una vez proveído por el Senado el Informe que sobre el mismo asunto le presente la Comisión de Relaciones Interiores de aquella Cámara, invite al Senado de la República a una reunión en Congreso con el objeto de nombrar una Comisión conjunta que se ocupe del estudio y redacción de un Proyecto de Reforma de la Constitución Nacional que contenga, entre las otras que está pidiendo el progreso actual de la Nación, la que lleve a las manos de nuestras mujeres el ejercicio pleno de su función política”. (Aplausos).

Intervino nuevamente:

DIPUTADO BLANCO (ANDRES ELOY).- Pido la palabra. (Concedida). Ciudadano Presidente: Deseo, brevemente, aclarar algunos conceptos emitidos en mi primera intervención y que acaso por torpeza de expresión no fueron bastante diáfanos ante algunos colegas; y no ante algunos colegas, sino puntualizando, ante el honorable colega doctor Pinzón.

No he dicho yo, en realidad, no he querido decirlo, que en su totalidad el hombre que colonizó el Sur de América viniera sin mujeres, fueron muchos los que las trajeron; pero en su sentido general faltó la mujer como elemento de colaboración en el Sur. La resultante inmediata de mi argumentación es que la mujer del colono norteamericano, comprendía y compartía el mundo que él traía; en cambio, la mujer, en un sentido general, la mujer criolla, la mujer nativa, encontrada aquí por el colonizador español no comprendía qué deseo de mundo traía el español. Si el español estaba inconforme con su república medioeval, la india no comprendía aquello porque no lo había conocido, en cambio la mujer del hombre inglés comprendía la inconformidad del hombre, y hubo por eso mayor unidad en el pensamiento del mundo nuevo para el hombre septentrional. Pero no he querido decir tampoco que la condición del hombre que resultó de la unión en el Sur, sea inferior a la condición del hombre que resultó de la unión en el Norte; muy por el contrario, el español se probó buen colonizador y mucho más humano que el inglés, puesto que no sintió el despego de la mujer extraña; colonizada, se entregaba a aquella mujer con un sentido más universal, con un concepto más humano, y con una dirección más cósmica de su relación. Pero el resultado fue que el mundo que querían hacer nuevo se hizo viejo por la traída a América de los mismos materiales con que se había construido la República medioeval, y si la lucha fue allá más corta, esto es, más rápida para la reivindicación de la mujer, se debió, simplemente, a que entre el hombre y la mujer norteamericana había habido mayor colaboración.

Ahora bien, ¿es preciso deducir de eso, que pongamos entre la reivindicación norteamericana y la nuestra una mayor distancia en función del tiempo? Porque nosotros fusilábamos Congresos, mientras las norteamericanas pedían el derecho de voto, ¿quiere decir que todavía debemos esperar más? ¿No

existe entre 1848 y 1943 casi cien años de servidumbre femenina? ¿No existe también entre aquel y este momento un largo período de preparación para la mujer del Sur? ¿No puede ostentar el Sur de América valiosos ejemplares de mentalidad femenina? ¿Y el argumento de que ahora apenas estamos empezando los hombres a votar en Venezuela, quiere decir que las mujeres deben esperar a que los hombres voten un poco más para poder votar ellas? A lo mejor, quién sabe, si las mujeres serían una garantía mayor para el pudor eleccionario; quién sabe si las mujeres serían un poco más respetables en el manejo de las urnas! Nosotros no necesitamos decirle a las mujeres que aprendan a votar con un curso que seguirán a medida que votaran los hombres, ellas ya saben cómo se vota en Venezuela, ellas ya saben cómo se debe votar. (Aplausos).

Otro argumento que yo deseo rebatir, es el que es necesario que obtengamos instituciones civiles de orden privado perfectas, para llegar a la perfección de nuestro máximo instrumento de Derecho Público. Se dice que todavía nuestro Código Civil contiene disposiciones que limitan la libre facultad de la mujer. Se dice que es preciso esperar que nuestro Código Civil, que nuestras instituciones privadas sean perfectas, para después, empezando por debajo, por las raíces, como ha dicho el honorable Diputado Pinzón, ir ascendiendo hasta llegar al capullo que hay que prender en el corpiño de nuestras mujeres. Yo soy partidario de prender el capullo de una vez; yo soy partidario del criterio absolutamente científico que piensa que las instituciones del Derecho privado son posteriores en la evolución de los pueblos a las instituciones de Derecho público. ¿Qué sería de un país, Venezuela, por ejemplo, si para 1830 el Pacto Centro-Federal, firmado en Valencia, hubiera sido sustituido por un proyecto de Código Civil? ¿Qué hubiera sido de Venezuela como Estado, como Nación, si los Constituyentes de 1811, hubieran empezado por redactar un cuerpo de leyes que reglamentaran las relaciones privadas de los venezolanos, antes de realizar el pacto fundamental que le daba carácter de vida a la Nación Venezolana? ¿Qué es primero, el Código Civil o la Constitución? La Constitución es el documento primario de fundación de las Sociedades. La diferencia entre Estados Unidos y el Sur de América, la diferencia favorable a la estabilidad de la Constitución americana, fue que cuando los Estados americanos se unieron en un pacto, ya ellos tenían

Constituciones particulares. Esto puede verse en la obra de nuestro ilustre historiador Gil Fortoul. En cambio, cuando las provincias venezolanas se unieron, no existían pactos entre ellas todavía, ni cada provincia en particular tenía su Carta Fundamental.

La Constitución es, pues, lo primero. ¿Qué tiene que hacer el progreso de las instituciones de Derecho público con el progreso de las instituciones de Derecho privado? El que la mujer tenga que pedirle permiso al hombre para abandonar su casa, no quiere decir que no pueda progresar la Constitución, hasta el punto de que la mujer no tenga que pedirle permiso al hombre para elegir un Diputado al Congreso Nacional. Es necesario que se sepa que la mujer al ascender en el plano constitucional, no pierde tampoco su aspiración a luchar aquí en el Congreso, para ascender en el plano del Derecho Civil. Démosle a ella la oportunidad de venir aquí a discutir, precisamente, esa rémora, esas contradicciones de nuestra legislación privada. (Aplausos).

Hay algo más. Se ha dicho que un cúmulo de reivindicaciones femeninas son necesarias previamente para llegar al voto. ¿Vota o no vota el hombre venezolano? Con las injustas limitaciones que con mucha razón ha anotado el Diputado Pinzón, el hombre venezolano está votando; pues bien, un cúmulo de reivindicaciones masculinas faltan todavía por alcanzarse, y ya el hombre venezolano vota. De manera, que ese cúmulo de reivindicaciones femeninas pueden ser también posteriores a la adquisición del voto, porque el voto es la reivindicación primaria, la reivindicación suprema.

Se ha alegado cierta diferencia en la función pública de la mujer con respecto, por ejemplo, al servicio militar. Pero también los hombres que han pasado de 45 años, los lisiados, están exentos del servicio militar, y sin embargo votan; pero el servicio militar tiene por función más cruenta, por función, casi inevitable a veces, la guerra, y en estos casos, la actual guerra no está probando que el servicio militar no lo están haciendo solamente los soldados en el frente, sino también las mujeres en los talleres. (Aplausos). Además de que existen cuerpos organizados de mujeres. Y si mi querido colega, el Diputado Ramírez Mac Gregor, recordó, recordándome a mí, entre paréntesis, en un recuerdo que le agradezco, los efectos del voto femenino de la República Española, debo decirle también que las milicianas españolas

demonstraron que no eran ellas las culpables de la caída de la República. (Aplausos).

La República Española no cayó por culpa de las mujeres de España, la República Española cayó por culpa de unos militares indignos del Ejército, por culpa de unos españoles indignos de España, por culpa de unos hombres indignos de la humanidad. (Aplausos).

Hechas estas breves explicaciones, o largas, según las hayan creído los colegas, yo ratifico mi proposición. Mi proposición se limita a que la Cámara del Senado y la Cámara de Diputados, conjuntamente, designen una Comisión, para que estudie y redacte un proyecto donde puedan entrar todas las reivindicaciones que crean necesarias los Congresantes, el Ejecutivo, las Entidades de la República que acudirían a ella, a fin de que aquí se traiga esa reforma constitucional y sea un hecho esa reivindicación suprema, fundamental, primaria, de la mujer venezolana.

Con motivo de la proposición con que concluye la intervención del Diputado Blanco, tomaron la palabra varios, Diputados, entre ellos el Diputado Colmenares Vivas, quien concluyó manifestando lo siguiente: “De acuerdo con las disposiciones constitucionales que hemos mencionado anteriormente, la proposición del Diputado Andrés Eloy Blanco no es jurídica, es decir, está en desacuerdo con los postulados que nos rigen. En consecuencia, además de las consideraciones que hemos hecho acerca de no convenir actualmente la reforma constitucional propuesta, agregamos esta objeción de carácter legal, ya que se pretende reformar la Constitución, inconstitucionalmente. Por tales consideraciones me pronuncio en contra de la proposición Blanco y en apoyo de la moción con que concluye el Informe de la Comisión Permanente de Relaciones Interiores”.

Siguieron otras intervenciones sobre puntos no sustanciales y aspectos reglamentarios del asunto. Luego intervino el Diputado Blanco.

DIPUTADO BLANCO (ANDRES ELOY).- Muchas gracias, ciudadano Presidente. He pedido la palabra por tercera vez, porque el Reglamento Interior y de Debates de la Cámara me concede plenamente ese derecho, como autor que soy de una proposición. Voy a ser ahora también muy breve. Debo,

por lo que a mí respecta, manifestar muy cordialmente que no me comprendo en el número de los Diputados aludidos por mi honorable colega el Diputado Colmenares Vivas. Yo sé lo que es una Constitución, pero hay una pequeña diferencia, y es que yo sé lo que es una Constitución y además se lo que debe ser una Constitución. (Aplausos).

Sé también cuáles son las pautas que el mismo Pacto Fundamental de la Nación fija para la realización de las enmiendas o reformas constitucionales. Sé cuál es el proceso que se debe llenar, pero debo manifestar mi asombro ante la versión de que yo he venido aquí a proponer la reforma de la Constitución. Quiere decir que hay algunos Diputados que no saben lo que es la Constitución, pero hay otros que no saben lo que yo he dicho. (Aplausos). Yo no he propuesto en ninguna forma la reforma de la Constitución; yo he propuesto el nombramiento de una Comisión: primero he propuesto una reunión en Congreso para que se discuta la posibilidad del nombramiento de una Comisión que proponga una reforma, de tal manera que es dentro de la reunión en Congreso donde ha debido realizarse todo este debate, no aquí, para discutir en Congreso si se nombraba o no se nombraba la Comisión.

En cuanto a que hay que preparar el país o que conocer la voluntad del país con respecto a la reforma constitucional, debo advertir que por una parte ya el clamor del país ha sido suficientemente alto acerca de reformas constitucionales. Ya el país entero ha dicho en mil formas que la Constitución Nacional actual no le viene al cuerpo de la República como un traje a la medida. Nosotros vamos a esperar a que termine la guerra para reformar la Constitución Nacional; pues bien, nosotros nos vamos a presentar en el momento de la paz como un señor que se presentara en una fiesta con un hierro en la solapa y un cuello de celuloide. (Aplausos). Yo creo que si hubiera habido un poco más de espíritu de transacción en esta proposición mía, se ha podido proponer, por ejemplo: “Que se hiciera la reunión en Congreso con el objeto de nombrar una Comisión que estudiara la reforma constitucional o las reformas constitucionales y presentara su informe en las próximas sesiones del Congreso Nacional”. Así tendríamos un año; en un año, con los vehículos de propaganda conque cuenta el Gobierno, con la prensa independiente, con la prensa de oposición, con el cruzarse de opiniones y de ideas sobre los diversos tópicos y sobre las diversas fallas de la Constitución,

dentro de un año esa Comisión, entrevistándose con el Ejecutivo, captando el sentir de las mayorías y de las minorías, porque la Constitución es de todos, en fin, empapándose bien de todas las fuentes de opinión, podría la Comisión, dentro de un año, traer aquí un Proyecto de Pacto Constitucional, decente, aceptable, venezolano. De manera, pues, que como el mismo Diputado Santos Stella acaba de decir, esa reforma puede venir dentro de un año, quizás dentro de más, pero si se nombrara una Comisión que realizara esos estudios, dentro de un año podría venir el Informe de la Comisión. Ahora, esperar a la guerra; no parece sino que todo el palpitar institucional de los países tuviera que detenerse en una diástole o en una sístole de espera a que terminara la guerra. No estamos proponiendo que se hagan reformas avanzadísimas, no estamos proponiendo que se innove, se están solicitando reformas netamente elementales: el voto de la mujer, la consecuencia de la Constitución con su garantía de libertad del pensamiento. ¿Es que podría caber en la mente de algún Diputado republicano, de algún Diputado de un país democrático, la presunción siquiera remota de que terminada esta guerra pudiera surgir una situación que obligara a los países a eliminar de sus Constituciones el voto femenino? ¿Es que cualesquiera que sean las contingencias del mundo de la posguerra, vendrá alguna Constitución que coarte el ejercicio de la libertad de pensar? ¿Entonces, quiere decir que existe la presunción de que Alemania pueda ganar la guerra? (Aplausos). La única manera de que en las Constituciones de la posguerra no sean factibles las reformas que nosotros auspiciamos, es que el Eje totalitario gane la guerra, porque es el único capaz de eliminar de las Constituciones el respeto del libre pensamiento. (Aplausos). Yo no lo he esperado jamás, yo tengo fe en el triunfo de la democracia, y por eso esa fuerza, ese optimismo ha inspirado mi proposición; yo estoy seguro de que una Constitución reformada, no dentro de un año, esta tarde mismo, tendrá vigencia en cuanto a esos puntos, cualquiera que sea la suerte de los países en guerra. Venezuela, terminada la guerra con la victoria de Alemania no borraré de su Constitución, jamás, cualquiera que sea la presión exterior, una sola de las garantías constitucionales que ha consagrado el Pacto Libre de los venezolanos. (Aplausos).

El honorable Diputado Tinoco se ha referido a que los hombres están encima de la plataforma política, que el vehículo está lleno y que hay que esperar a

que se preparen los que están adentro. Yo creo que la ignorancia, el analfabetismo y todas esas rémoras para el libre juego de las instituciones democráticas existen en Venezuela tanto en los hombres como en las mujeres. Yo me permitiría de la manera más cordial decirle a mi compañero que la única diferencia entre su opinión y la mía, a este respecto es el tamaño del vehículo: el vehículo de él es un Ford 2 para 4, el mío es un autobús; cabe más gente. (Aplausos).

Finalmente, honorables colegas, debo manifestar que yo no he desconocido en forma alguna el texto y el espíritu de la proposición formulada al pie del Informe de la Comisión; estoy perfectamente de acuerdo con el distinguido colega doctor Santos, en que el Informe de la Comisión propicia la aspiración de las mujeres, sólo que aplaza la resolución. He pedido que el Congreso se anteponga un poco, que eche a andar el carro de las aspiraciones femeninas, porque sí como dice el Diputado Tinoco, él encontró en Inglaterra y en los Estados Unidos a mujeres que estaban forjando las armas de la victoria, sí también en América las hay, sí en las mujeres latinas las hay que tienen la fuerza intelectual que se necesita no sólo para llevar la maleta del Diputado Tinoco, sino para llevar el destino de su pueblo. (Aplausos).

Yo lo único que tengo que manifestar finalmente, es que he encontrado, tanto en el Informe como en algunas intervenciones de los compañeros, un entusiasmo previo hacia la aspiración de las mujeres, entusiasmo que creo que a los demás compañeros y al público que nos escucha les hizo concebir en un momento dado la impresión de que iban definitivamente a apoyar mi proposición y después desmayaba un poco aquel entusiasmo para resultar con el argumento contrario, que no rechazaba la aspiración de las mujeres, pero que sí la aplazaba. Me recordó, pues, ese entusiasmo previo y esta desanimación posterior, al célebre orador colombiano Felipe Lleras Camargo. Lleras Camargo es un hombre muy flaco, mucho más flaco que yo, que es todo lo más flaco que se puede decir; pues bien, en una convención liberal celebrada con el Departamento del Atlántico en Colombia, el orador Lleras Camargo con un tremendo entusiasmo se acercó al micrófono y gritó: “¡Liberales de Colombia, no hay que desmayar!”. Y se desmayó. (Aplausos).

Este libro se terminó de imprimir en los talleres del Instituto Municipal de Publicaciones, en el mes de Abril de 1997, con motivo de los Actos programados por las Autoridades del Municipio Libertador, a cuyo frente se encuentra Antonio Ledezma como Alcalde, para la CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DEL ILUSTRE POETA ANDRÉS ELOY BLANCO.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA